

MARZO/ABRIL 1962

Vino Nuevo



Preparando a la generación futura

editorial



Hace un tiempo ví, sobre el escritorio de un amigo, una tarjeta que decía:

Hay quienes *hacen* que las cosas pasen.

Hay quienes *ven* cuando las cosas pasan.

Hay quienes *viven* preguntando: ¿Qué pasó?

Poniéndolo dentro de un contexto espiritual, encontramos que hay también estas tres clases de cristianos: los que están tan comprometidos con el reino de Dios que se convierten en instrumentos de la actividad divina; los que son lo suficientemente sensibles para reconocer que Dios está haciendo algo en medio nuestro pero se contentan con ser meros espectadores; y está el tercer grupo que no tiene idea de lo que está sucediendo hasta que ya es demasiado tarde.

Cuando hablamos de preparar a la generación futura, encontramos también a estos tres grupos bien definidos. Están los que aceptan el reto de Dios y de establecer su reino aquí en la tierra y se involucran ellos y sus familias para lograrlo; los que saben qué deben hacer, pero tienen compromisos más fuertes con las cosas de este mundo que con el Señor y por esta y otras razones son incapaces de inculcar lo que saben en sus hijos; y luego están aquellos que han sido dominados por las corrientes del modernismo y no pueden ver el peligro en que se encuentran hasta que la tragedia les golpea y entonces tal vez ya sea demasiado tarde.

Tenemos que reconocer que hay un estilo de vida en el mundo que es totalmente opuesto al deseo de Dios. Ojalá que nosotros los padres nos hayamos dado cuenta de eso y hayamos tomado los pasos necesarios para que nuestros hijos no caigan en las redes que el enemigo ha tendido para atraparlos.

La palabra que caracteriza lo que está sucediendo en el ambiente del mundo es *confusión*. La confusión es parte de un plan bien concebido para dominar, primero las mentes de nuestros jóvenes y después sus almas. Hay confusión en todas las áreas de la vida, pero especialmente en la comunicación. Alguien ha dicho que en nuestros días se ha desarrollado el arte de casi decir algo. Nadie quiere comprometerse hoy a hacer una declaración terminante porque las circunstancias pudieran cambiar mañana. La verdad en el mundo es relativa y cambia según las circunstancias. Como no hay absolutos ni valores permanentes, los hombres crecen en medio de una confusión total.

Hay un estilo de vida con Cristo que es diferente. Si tuviéramos que contrastar esta confusión, la palabra que usaríamos sería *claridad*. Dios ha

hablado a los hombres en términos directos y ha dado mandamientos específicos. No hay nada que él haya dejado a nuestra imaginación para que se mezcle con su verdad. Su palabra nunca cambia; permanece para siempre. Dios no tiene una verdad para una generación y otra distinta para la que viene. Lo mismo que demandó de nuestros padres, demanda de nosotros, de nuestros hijos y de sus hijos.

Entonces, la primera responsabilidad que tenemos es hacer un compromiso indiscutible con la verdad de Dios revelada en su palabra y expresarlo a nuestros hijos en una comunicación clara que sea respaldada con nuestra manera de vivir. Luego, debemos retarlos a ellos para que hagan su decisión de seguir lo que Dios comenzó en nosotros.

En segunda instancia, debemos hacer partícipes a nuestros hijos en el combate a muerte que se está librando entre la verdadera iglesia y el mundo. Tenemos que proceder con el conocimiento que hay fuerzas extrañas que intentan destruirnos, tanto a nosotros como a nuestros hijos.

Una nota positiva en medio de todo esto es que Dios está descubriendo el verdadero estado de las cosas. Las crisis que sufren las naciones, especialmente las que se han llamado a sí mismas cristianas, son el resultado directo de haberse apartado de las enseñanzas de Cristo. Hoy, como nunca antes, tenemos una gran oportunidad de enseñar a nuestros hijos que las corrientes populares de pensamiento contrarias a los valores cristianos son las que han llevado al mundo a la condición que ellos mismos pueden ver, y que la única alternativa que nos queda, es involucrarnos totalmente en el reino de Dios.

Hugo M. Zelaya

Hugo Zelaya — Director

Contenido

4 Hijos que anden en nuestros caminos
Dick Leggatt

10 Formando vidas dentro de la familia
Mario Fumero

13 Orientación en la crianza de los hijos
Orville Swindoll

19 El antídoto para la rebelión
Bob Mumford

26 El matrimonio espiritual
Rodolfo Loyola

Director: *Hugo Zelaya*
Editor: *Noé Martínez Q.*
Administrador: *Guyon Massey*
Suscripciones: *Andrés Villavicencio*

VINO NUEVO

es publicada bimestralmente
por el Centro Para Desarrollo Cristiano,
Apartado 5551, San José, Costa Rica.

© Copyright 1982

Derechos reservados

Prohibida la reproducción total
o parcial sin el permiso de los editores.

Los puntos de vista expresados en VINO NUEVO
representan la opinión de sus escritores
y no necesariamente de los editores o directores.

El material que se envíe para su publicación debe ser escrito
a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja.
Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y
el importe postal correspondiente.

A menos que se indique de otra manera, las citas del Nuevo Testamento son de la versión
"La Biblia de las Américas", The Lockman Foundation 1963, 1972, 1973, Editorial Moody.
De igual manera las citas del Antiguo Testamento corresponden a la revisión de 1960.

Vino Nuevo

VOL. 4 No. 6

MARZO/ABRIL 1982

Hijos que anden en nuestros caminos



Por Dick Leggatt

Entonces todos los ancianos de Israel se juntaron, y vinieron a Ramá para ver a Samuel, y le dijeron: He aquí tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones (1 S. 8:4-5).

Un domingo por la tarde, mi esposa y yo nos reunimos en la sala familiar, con nuestros tres hijos y, como era nuestra costumbre, comencé a leerles un capítulo de la Biblia. Quería que mis hijos tuvieran algún conocimiento de nuestras raíces en el pueblo de Dios, así que para ese día en particular había escogido el Salmo 78 que relata el trato milagroso de Dios con generación tras generación de israelitas y la vacilante respuesta de ellos en su relación con él. Mientras leía cómo Dios había

intervenido poderosamente en favor de su pueblo y de la insistencia de cada generación de pecar y rebelarse contra él, noté que los dos menores ya habían agotado su capacidad de atención y estaban inquietos, moviéndose demasiado y riéndose. Pero Christopher, que tiene ocho años tenía una expresión de frustración en su rostro y meneaba la cabeza mientras seguía la lectura en su propia Biblia. Finalmente, después de como la décima vez de oír la frase: "Pero ellos. . ." y la forma negativa en que "tentaron y enojaron al Dios Altísimo", Christopher no pudo aguantarse más y exclamó en voz alta: "¡No puedo creer que sigan haciendo la misma cosa!" Entonces, al darse cuenta que había sorprendido a todos con su estallido de indignación, agachó la cabeza riéndose de sí mismo.

La expresión exasperada de mi hijo, es la misma que he venido sintiendo desde hace mucho

tiempo al observar el patrón perturbador de la infidelidad de las generaciones que describe el Antiguo Testamento. Casi invariablemente, después de que una generación experimentaba el favor de Dios y le respondía caminando en obediencia, la siguiente vacilaba en su compromiso con Dios o se sumía en una apostasía absoluta. Un rey venía, quitaba los ídolos y establecía la ley del Señor, sólo para que el siguiente los volviera a levantar y condujera al pueblo en su desobediencia. Una y otra vez se repite el patrón casi con certeza inevitable.

Aún después de que Dios estableció milagrosamente a su pueblo en la tierra prometida, Jueces 2:10-12 dice que después de que Josué y los ancianos que habían servido con él murieron, "se levantó. . . otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel. Después los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová, y sirvieron a los baales. Dejaron a Jehová el Dios de sus padres, que los había sacado de la tierra de Egipto."

Me preocupa ese aparentemente inevitable patrón de fidelidad en una generación seguida por la infidelidad de la que viene. ¿Tendrá que suceder esto a nosotros? ¿Será inevitable que la generación que venga después de nosotros se tambalee y caiga?

Nosotros que hemos experimentado el mover de Dios, particularmente en los últimos 15 años a través de la renovación carismática y los otros movimientos evangélicos, somos parte de una generación que ha recibido el favor de Dios de una forma sin precedentes. Ya vemos a nuestra descendencia emergiendo en el campo natural y espiritual. Nuestros hijos están creciendo y preparándose para tomar sus lugares en la comunidad adulta y también vemos a nuestros hijos espirituales a quienes hemos alimentado y guiado en los caminos de Dios, listos para tomar sus sitios en el plan de Dios. ¿Será fiel la siguiente generación y caminará en obediencia a Dios?

La respuesta a esa pregunta depende mayormente de nuestra propia entrega para preparar a nuestros hijos naturales y espirituales, para que anden en los caminos del Señor. Resulta irónico que Samuel, habiendo sido usado por Dios cuando era niño para pronunciar un juicio contra Elí, el sacerdote, por no haber enseñado a sus hijos a temer a Dios, él mismo no hubiese preparado a los suyos propios. Cuando llegó el tiempo para que Samuel pasase su manto de liderazgo a sus hijos, los ancianos de Israel vinieron a él y le dijeron:

"Ya eres viejo y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos un rey como tienen las otras naciones."

Si no queremos oír algún día esas escalofriantes palabras con respecto a nuestros hijos naturales y espirituales, deberemos prestar atención a las dos razones que examinaremos en este artículo del fracaso de Israel en preparar a la siguiente generación y del descuido de Elí y de Samuel con sus hijos. Así podremos aplicar esas lecciones para enseñar a nuestros descendientes a andar en los caminos de Dios.

EL PRIMER ERROR DE ISRAEL

El primer error de Israel con respecto a sus hijos fue el de no crearles un ambiente propicio para su obediencia. Tuvieron lástima de sus enemigos. Dios les había ordenado que destruyeran y sacaran totalmente a los habitantes de Canaán, porque él sabía que de otra manera Israel sería atraído por sus prácticas idolátricas. Sin embargo, en el primer capítulo de Jueces vemos que ellos desobedecieron al Señor. Después de un buen comienzo en el que destruyeron algunas ciudades, Jueces 1:19 dice que "Judá. . . arrojó a los de las montañas; mas no pudo arrojar a los que habitaban en los llanos. . ." Las otras tribus no lo hicieron mejor. Aunque derrotaron a los cananeos, no pudieron terminar la tarea. "Pero cuando Israel se sintió fuerte hizo al cananeo tributario, mas no lo arrojó" (Jue. 1:29). La victoria de sus batallas y el trabajo forzado a que fueron sometidos los cananeos no eran suficientes logros, porque su influencia pagana quedaba en medio del pueblo de Israel.

Eso causó la ira de Dios. El ángel del Señor se apareció a todo Israel para recordarles el mandamiento original de no "hacer alianza con los moradores de la tierra" y de "derribar sus altares." Luego vino una palabra de reprensión y de castigo por no haber atendido la voz del Señor. Israel no supo crear un ambiente para la siguiente generación que les ayudara en su obediencia a Dios.

¿De qué manera se aplica todo esto a nosotros? Igual que Israel, nosotros también tenemos ídolos y enemigos que intentan destruirnos internamente. Estos enemigos se llaman intemperancia, egoísmo, rebelión, perversión: áreas de impureza en las que tal vez hemos dominado al adversario, pero que no los hemos expulsado totalmente de nuestras vidas. Todos nosotros tenemos esta clase de enemigos internos y es obvio que Dios está requiriendo de su

pueblo que los arroje a todos para que en su lugar Dios pueda edificar un carácter piadoso y justo.

Tenemos que tratar despiadadamente con estos enemigos, porque Dios no sólo los quiere capturados o subyugados, sino muertos. Una de las batallas más grandes en mi vida cristiana ocurrió cuando dejé de fumar. Había comenzado a hacerlo cuando estaba en la secundaria, y poco a poco el hábito se fue atrincherando en mí, aunque nunca llegué a fumar un cigarrillo tras otro. Sin embargo, yo sabía todo el tiempo que Dios no quería que lo hiciera; me sentía culpable por esconder el vicio de mi familia y de mis amigos hasta que la siempre presente convicción de Dios me persuadió de la necesidad de dejarlo.

Pero, no quería comprometerme a dejarlo de una vez por todas, así que comencé a reducir la cantidad de cigarrillos. Gradualmente llegué hasta el punto de pasar días sin fumar. En mi manera de pensar, eso significaba que tenía el hábito bajo control. No obstante, no era capaz de rehusar las inevitables oportunidades de fumar aunque fuera un solo cigarrillo de vez en cuando. Supe entonces que la batalla no se había ganado. Tal vez el hábito había sido domado, pero Dios lo quería expulsado y muerto. Hice la decisión determinante de tratar despiadadamente con el vicio y de nunca fumar otra vez; y así fue. Dios no quería que yo dominara el vicio; lo quería totalmente muerto.

**Las pequeñas desobedien-
cias de nuestra generación
se convertirán en viola-
ciones mayores en la si-
guiente.**

Una de las razones por las que Dios insiste en que limpiemos nuestras vidas de estas cosas, es para establecer un precedente para las generaciones futuras. Todos los que somos padres sabemos que nuestras faltas de carácter se amplían aún más cuando emergen en nuestros hijos. De la misma manera, las pequeñas desobediencias de nuestra generación se convertirán en violaciones mayores en la siguiente. La libertad que tiene nuestra generación, bien pudiera convertirse en algo licencioso con la que viene. Por lo tanto, necesitamos dedicar-

nos a una santidad personal enfrentándonos sin misericordia al enemigo interno, limpiando toda trinchera de rebelión y de falta de sobriedad en nuestras vidas, creando así una atmósfera que ayude a nuestros hijos naturales y espirituales a caminar en los senderos de Dios.

Además, tenemos que enseñarles a nuestros hijos por precepto y por ejemplo, a luchar efectivamente contra el enemigo. Es interesante notar que en Jueces 3:1 se refiere a la generación que vino después de Josué, como a "aquellos que no habían conocido todas las guerras de Canaán", por lo tanto, no tenían ninguna experiencia en la guerra.

Es necesario que preparemos a la siguiente generación con el conocimiento que hemos adquirido en las batallas. Debemos de comenzar con los que están bajo nuestra responsabilidad para que aprendan a no ser indulgentes consigo mismos ni con sus problemas. Mi tendencia es ser demasiado suave con mis hijos. Cuando uno de ellos no hace un buen trabajo en ordenar su cuarto porque quiere salir pronto a jugar con sus amigos, muchas veces quisiera permitirle y decirle que lo puede terminar después. Yo sé, sin embargo, que no les estaría haciendo ningún favor, porque les robaría la oportunidad de ser firmes consigo mismos, y de adquirir experiencia en esa clase de batalla. Sin ser legalista, que en realidad no es mejor que ser indulgente, he estado requiriendo que mis hijos, aunque giman, se quejen y se lamenten, terminen bien sus tareas antes de hacer alguna otra cosa.

No les estamos haciendo ningún favor a nuestros hijos permitiéndoles que satisfagan los gustos de esos pequeños "enemigos" que no parecen tan peligrosos. La manera de prepararnos es requiriendo de ellos que no tengan lástima de sí mismos y que enfrenten sus problemas de abandono como a enemigos mortales que se interponen entre ellos y la voluntad de Dios.

EL SEGUNDO ERROR DE ISRAEL

No sólo no había una atmósfera propicia para que prosperaran los caminos de Dios, tampoco tuvieron cuidado de hacerles conocer al Señor. Lee- mos en Jueces 2:10: "Y toda aquella generación también fue reunida a sus padres. Y se levantó después de ellos otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel." Eso significa que no tenían una relación personal con el Señor ni una comprensión corporativa de sus raíces. La única conclusión posible para razo-

nar esta condición es que la generación previa no se había tomado el cuidado de enseñar a sus hijos.

Da temor comprender que toda una generación había crecido en el centro de la comunidad de Dios sin conocerle. Si les sucedió a ellos, bien pudiera sucedernos a nosotros y esa realidad es mucho más atemorizante. Hemos sido bendecidos por Dios como nunca antes; individualmente y en forma corporativa como Cuerpo de Cristo. Nuestros hijos han estado junto a nosotros mientras hemos adorado al Señor en nuestras congregaciones; han sido testigos de las respuestas milagrosas a las oraciones y han oído profecías tremendas y la predicación inspirada de la palabra. pero ¿será eso suficiente garantía de que ellos también conocen al Señor? ¿Acaso hemos asumido que ellos van a recibir al Señor por ósmosis? No nos engañemos en asumir nada.

De la manera misma en que nosotros hemos

Nuestros hijos necesitan tener su propia experiencia con el Señor para poder edificar sus vidas.

palpado la intervención personal de Dios en nuestras vidas, nuestros hijos necesitan su propia experiencia personal con el Señor para poder edificar sus vidas. Y es nuestra responsabilidad enseñarles y prepararles en formas prácticas y sensibles para que ellos tengan su propio encuentro con el Señor.

Recientemente, en una reunión de los ancianos de nuestra iglesia local, se tocó el tema de la ayuda financiera que recibían las personas con necesidades. Joseph Garlington, uno de los ancianos, hizo un comentario muy interesante. Haciendo una reflexión de su propia experiencia de cómo había aprendido a confiar en el Señor en tiempos de necesidad, creyendo que Dios le proveería en una forma milagrosa, Joseph expresó una preocupación: que en nuestro deseo de ayudar demasiado pronto a las personas con necesidad, no les estuviésemos robando de llegar a tener su propia experiencia de fe y de confianza personal en el Señor. La generación siguiente no debiera vivir confiada en nuestro trato con Dios y su fidelidad; necesita tener su propia vida de dependencia en él.

Hay un pasaje en Deuteronomio 11 que sintetiza este punto. Dice así:

Y comprended hoy, porque no hablo con vuestros hijos que no han sabido ni visto el castigo de Jehová vuestro Dios, su grandeza, su mano poderosa, y su brazo extendido,

y sus señales, y sus obras que hizo en medio de Egipto a Faraón rey de Egipto, y a toda su tierra;

y lo que ha hecho con vosotros en el desierto, hasta que habéis llegado a este lugar;

Mas vuestros ojos han visto todas las grandes obras que Jehová ha hecho (Dt. 11:2,3,5,7).

Las experiencias dinámicas del poder y de la gracia de Dios que hemos tenido, no son de nuestros hijos; son nuestras. Por esta misma razón, Dios ha dado a nuestra generación la responsabilidad de presentar a nuestros hijos con el poder providencial del Señor y de impartirles un entendimiento de cuál es su herencia y un sentimiento de reverencia a todo lo que Dios ha hecho por nosotros. Como aquellos que conocieron la importancia del memorial de las doce piedras levantado en el punto del Jordán donde habían cruzado las doce tribus de Israel, tenemos la responsabilidad de recordar a nuestros descendientes todas las cosas que el Señor ha hecho por nosotros y que hará por ellos también. La generación de Josué no cum-



plió con esa obligación. Nosotros no debemos fallar aquí.

ELI Y SAMUEL

Poco tiempo después de que Ana trajera a Samuel al templo, se hizo evidente que el muchacho sería el sucesor de Elí en el sacerdocio y no sus propios hijos que estaban ocupados en la maldad. La mayoría estamos conscientes del juicio que Dios trajo sobre su casa por su incapacidad de frenar a sus hijos cuando pecaron contra Dios. También es irónico que los hijos de Samuel siguieran el mismo camino de desobediencia que los hijos de Elí.

Pero no anduvieron los hijos (de Samuel) por los caminos de su padre, antes se volvieron tras la avaricia, dejándose sobornar y pervirtiendo el derecho (1 S. 8:3).

Lo que no es muy aparente son las enormes consecuencias que cayeron sobre el pueblo de Israel como consecuencia del error de Elí y de Samuel al no corregir la apostasía de sus hijos. En el caso del primero, el resultado fue una generación que se caracterizó por un sacerdote que se llamó Incabod, que significa, "la gloria del Señor se ha ido." En el caso del segundo, la apostasía de sus hijos provocó la insistencia de Israel de tener un rey como las otras naciones y por consiguiente, la ira de Dios. Esto es muy significativo, porque si el liderazgo de los ministros de Dios es deficiente y su ejemplo un fracaso, hará que el pueblo abandone sus caminos y busque la solución de sus problemas en el mundo. Y eso sólo es el comienzo de un largo camino de descenso.

En vista de las serias consecuencias que vienen sobre nosotros mismos y sobre el pueblo de Dios cuando no preparamos a la siguiente generación, veamos los dos errores de Elí y evitémoslos. Primeramente, Elí no enseñó a sus hijos a tener temor al Señor: la realidad de su ira y las limitaciones de su gracia. Sin ningún freno para detenerlos, Ofni y Finees deshonraron a Dios y menospreciaron sus ofrendas. Su pecado fue grosero delante de Dios sin importarles las consecuencias de sus acciones y sin temor del castigo de Dios.

Este tipo de pecado contra la gracia de Dios no es único en los hijos de Elí; lo vemos en muchos círculos cristianos de hoy, en la forma de una creencia en una gracia barata con una mentalidad permisiva de que se puede seguir pecando y que Dios seguirá perdonando porque "todo está bajo la

sangre de Jesús." Pero qué difícil es explicar el juicio de Dios sobre Elí cuando se tiene tal concepto errado de una gracia ilimitada de Dios. En 1 Samuel 3:14 leemos: "Por tanto, yo he jurado a la casa de Elí que la iniquidad de la casa de Elí no será expiada *jamás*, ni con sacrificios ni con ofrendas." Esta palabra "jamás" me indica que hay limitaciones al paciente perdón de Dios.

Contrario a la negligencia de Elí, necesitamos inculcar en nuestros hijos naturales y espirituales, un saludable temor del Señor y la comprensión plena de que Dios perdonará hasta un punto, pero que cuando el pecado flagrante continúa sin importar las consecuencias, su gracia no continuará para siempre. La generación que nos sigue necesita saber que Dios toma el pecado en serio; tanto, que podemos llegar al punto donde Dios tenga que decirnos: "¡Basta; ya es suficiente!" El temor de Dios es el que impide que caigamos en el engaño de violar los límites de su abundante gracia.

Otro de los fracasos de Elí con sus hijos es que no corrigió la ligereza con que tomaban el sacerdocio y las tradiciones de Dios. Ellos no se detuvieron a pensar en las consecuencias cuando descartaron completamente las instrucciones meticulosas que el Señor había dado con respecto al sacerdocio y a la manera adecuada de presentar las ofrendas. Hicieron lo que quisieron apartándose del mandamiento que Dios había instituido, interrumpiendo así la fiel línea sacerdotal de generaciones pasadas. Por estas y otras razones Dios trajo una retribución rápida sobre Elí y sobre sus hijos; todos murieron en el mismo día, derribados por la mano del juicio del Señor. Es necesario que impartamos a la generación futura este saludable temor por las tradiciones que Dios ha establecido y un sentido de reverencia y de humildad al llamamiento que Dios ha hecho en nuestras vidas y a la disposición suya de obrar a través de hombres para cumplir con sus propósitos.

LA SIGUIENTE GENERACION

Mientras estaba preparando este artículo, mi hijo mejor, Ben, entraba con frecuencia a mi estudio para darme un abrazo, preguntarme algo o quedarse cerca del escritorio observándome. Cuando pienso en él y en mis otros dos hijos mayores y en las personas que Dios me ha dado para cuidar, las lecciones de los israelitas, de Elí y de Samuel me conmueven asombrosamente. Estos son los hombres que continuarán la tarea, cual-

quiera que sea que les dejemos. Ellos son los que empujarán el bastón en la próxima etapa de la carrera. Eso no significa que nosotros dejemos la carrera, pero las responsabilidades que ahora tenemos en el Cuerpo de Cristo algún día serán pasadas plénamente a ellos y necesitamos prepararlos para esa tarea. Las circunstancias y los enemigos que se les enfrentarán son en cierto modo desconocidos para nosotros ahora, pero hay una preparación básica que les equipará para encarar cualquier eventualidad con obediencia y fidelidad.

El temor de Dios impide que caigamos en el engaño de violar los límites de su abundante gracia.

Las lecciones que hemos aprendido de los israelitas, de Elí y de Samuel deben ser conocidas por ellos: cómo combatir contra el enemigo perverso de la intemperancia y del egoísmo hasta el punto de liberar completamente sus vidas de su poder y echarlos fuera. Segundo, debemos llevarlos al conocimiento del Señor y de lo que él ha hecho por nosotros, y permitirles que ellos experimenten en carne propia la gracia y el poder de Dios. Tercero, el temor de Dios debe ser inculcado en ellos, particularmente para que no se excedan en los límites de su gracia. Finalmente, debemos enseñarles a honrar el llamamiento de Dios, las leyes y las tradiciones que él ha establecido para su ejecución. Eso los llevará a tener una mejor apreciación de lo que significa ser un hombre o una mujer de Dios en la tradición de justicia que deben continuar; porque ellos también serán responsables de preparar a la otra generación que les seguirá.

Además de todo lo que he mencionado, hay otra manera muy importante en que podemos prepararlos y es la de comenzar *ahora* a interceder por ellos para que sobrevivan y permanezcan vivos en la fe. El enemigo conoce bien la importancia que tiene esta nueva generación en el avance del Reino de Dios y hará lo imposible para tratar de destruirlos.

La realidad de esta verdad se hizo muy patente recientemente cuando mi esposa, Cindi, me llamó

a la oficina para informarme que nuestro hijo menor, Ben, había caído de su cama mientras dormía la siesta. El área alrededor de su clavícula estaba muy inflamada amenazando una posible fractura que más tarde se confirmó con una radiografía. Cuando iba de camino a casa para llevar al niño al médico, le expresaba al Señor mi frustración por este accidente.

“Señor,” le protestaba, “oro todos los días por los muchachos para que los protejas. ¿Qué más puedo hacer?”

No había terminado de decirlo en mi pensamiento, cuando el Señor parecía responderme con otra pregunta: “¿De qué modo orarías por tus hijos si supieras que ellos fueran soldados peleando en un campo de batalla?”

Tuve que admitir que oraría con más fervor.

La respuesta de Dios fue tan clara: “Cuanto más entonces en la lucha en que se encuentran aquí y ahora.”

El enemigo conoce bien la importancia que tiene esta nueva generación en el avance del Reino de Dios y hará lo imposible para tratar de destruirlos.

Que Dios nos ayude para interceder fielmente por la generación que sigue para que ellos anden en nuestros caminos y en los del Señor. 

Tomado de New Wine Magazine de Enero, 1981

Dick Leggatt es graduado de la Universidad de Pittsburgh como Bachiller en Literatura. Durante los últimos cinco años ha servido como Jefe de Redacción en New Wine Magazine. También es uno de los ancianos en la Gulf Coast Covenant Church de Mobile, Alabama. Allí viven él, su esposa Cindi y sus tres hijos.

Formando vidas dentro de la familia

Por Mario Fumero

Nos vamos acercando más a la problemática del hogar en nuestro análisis de la familia dentro del contexto cristiano. Nuestras reflexiones deben situarnos dentro de un esquema de principios que nos ayuden a salvaguardar la fuente de la estabilidad y prosperidad social que es la FAMILIA.

PREPARANDONOS PARA EDIFICAR VIDAS

En nuestro medio, para dirigir una empresa, una construcción o una operación se exige "preparación académica de muchos años." ¿Cuánto más se necesita capacitarse para realizar la más importante misión conferida al ser humano que es la edificación de hijos dentro de un hogar sano y estable? No se puede ir al matrimonio ciego de lo que nos espera después del placer sexual, pues sería igual que hacer una operación de apendicitis sin saber biología ni dónde está ubicada la apéndice. Es tan grande la responsabilidad de la familia que debemos prepararnos correctamente para esa tremenda misión.

¿Cuánto tiempo toma el formar un hogar estable con hijos victoriosos? Pues, mucho más tiempo que el que se requiere para edificar un edificio de 40 pisos. Después de casados vienen los hijos y desde el momento de la concepción hasta que el hijo está apto para valerse por sí mismo y repetir

la historia tendrán que pasar aproximadamente 18 años, en los cuales los padres forjarán una moral, un carácter y una conducta social que será la base para que este joven sea feliz o desgraciado toda su vida. Es por ello necesario enfatizar la importancia de ser buenos constructores de vidas, siguiendo los patrones dados por el mismo Dios en su Santa Palabra.

Lo primero que necesitamos analizar antes de la boda son los puntos claves dentro del gobierno espiritual de la familia, así como el pasado de cada cónyuge. Se debe dialogar en temas tales como

1. Historia de los cónyuges a nivel familiar y del pasado, buscando herencia genética y errores mutuos.
2. Los tipos de sangre y condiciones físicas para tener hijos normales de ambos.
3. Las normas y principios religiosos a implantarse en el diario vivir de la familia.
4. Reconocer las diferencias de caracteres de ambos cónyuges y un análisis de si se pueden adaptar o acoplar a estas diferencias.
5. La planificación económica y familiar dentro de un esquema de recursos disponibles y factores del medio.

Por lo tanto, debemos aprovechar el noviazgo como una etapa de diálogo en cosas vitales para el futuro hogar, pues en un pacto ante Dios es siempre necesario saber las demandas y repercusiones que tienden a cometer errores en compromisos que, como el matrimonio, son indisolubles.

Entre los puntos importantes ya expuestos son vitales aquellos que tienden a la conservación moral y espiritual de la familia como el de la compatibilidad en asuntos religiosos y la adaptación de los caracteres. Si no están de acuerdo en la fe, existirá el "yugo desigual" y esto será caótico en las relaciones entre padres e hijos. Si los caracteres no se logran acoplar y Dios no los moldea a una comprensión mutua, los problemas del ego, la discordia, el celo, y la contienda harán sucumbir todos los valores familiares, arrastrando el matrimonio a la destrucción y al divorcio. En tal caso es mejor no casarse, pues al hacerlo conducirán sus vidas y las de las pobres criaturas que nazcan a una situación difícil y frustrada.

La economía y la planificación de la familia son vitales para el éxito de la superación familiar. Los esposos deben saber administrar bien los bie-

nes materiales sin dar lugar al afán materialista como fuente de la felicidad, pues esta es la causa del mayor desastre en el seno del hogar, ya que por ello muchas familias se desintegran moralmente, aunque viven juntas. Deben aprender los esposos a vivir como ordena la palabra "conforme cualquiera que sea su situación" pues "teniendo sustento y abrigo estemos contentos" 1 Tim. 6:7-9 ya que al querer ofrecerles a sus hijos una abundancia tecnológica y cómoda, lo que hacen es destruir la relación y el amor en el hogar. Lo triste del afán materialista (imperante en nuestro medio) es que los padres se dedican tanto al trabajo para ganar dinero y comprar cosas frívolas, que se olvidan de darles tiempo a sus hijos, por lo que unos y otros trabajan olvidando esa relación personal con los hijos que es esencial para que tengan seguridad y amor. No tienen tiempo de instruir, de corregir en justicia porque "están muy ocupados buscando no el pan, sino la vanidad social" y así viene el desequilibrio emocional en la educación.

Por otro lado olvidan la planificación familiar o abusan de ésta, yendo más allá de lo que como cristianos deben vivir. Tanto delito es el abortar un hijo como el procrearlos como animales para abandonarlos y no darles una correcta educación cristiana y social, pues ambas cosas son en sí actos criminales.

Debemos llegar al altar preparados para el papel que vamos a desempeñar, pues seremos los primeros y más importantes maestros y pastores de nuestros hijos y de ello dependerá el futuro de todos. Fortalecer los principios cristianos en el diario vivir es la esencia misma de la vida familiar.

EDUCANDO A NUESTROS HIJOS

Al venir los hijos, los esposos entran a una dimensión trascendental en la vida cristiana, pues adquieren una de las responsabilidades más grandes dadas al hombre en la tierra que es "*instruir al niño en su carrera o camino*" Proverbios 22:6 y la primera lección que deberán aprender nuestros hijos es la *obediencia* porque todos nacemos con la herencia pecaminosa que se lleva en la naturaleza que es la *rebelión* y los primeros riesgos del niño antes del primer año de vida mostrarán este hecho inconsciente cuando quieren obtener de los padres sus deseos, desarrollando mecanismos de chantaje que no es sino rebeldía e imposición al medio.

El ejercicio de la autoridad tiene que ir acompañado de amor y comprensión, pero entendamos

que *compresión* no es ceder siempre a los deseos o caprichos del niño, aunque sea infante, sino acompañar esa comprensión con las leyes de la autoridad, tan vital en los primeros tres años de vida del niño. No deje que los deseos de sus hijos sean siempre satisfechos, pues de lo contrario el hijo dominará al padre. Sea firme y muéstrele las reglas del juego desde los primeros meses de vida. La rebeldía innata en los hijos sólo podrá ser sujeta mediante una autoridad que conduzca el impulso agresivo a una humildad impositiva e instructiva.

Los factores básicos en la *instrucción del niño* durante su primera etapa de la vida (desde que nace hasta los tres años de edad) son los más importantes. Los padres deben estar bien de acuerdo en la forma en que van a actuar. He aquí algunos principios básicos que cada padre debe considerar y evaluar para no cometer serios errores:

Primero: Sea firme en sus decisiones. Nunca muestre delante del niño debilidad o contradicción en la disciplina pues aunque sea infante, entiende más las acciones que las palabras.

Segundo: Nunca aplique disciplina sin primero haber dado la enseñanza y la exhortación. La Biblia enseña que primero se habla o enseña, después se exhorta, después se reprende y por último se disciplina (Tit. 2:15).

Tercero: Forme una atmósfera familiar impregnada de los principios cristianos. Ore con su hijo desde que sea un infante para que crezca dentro de un ambiente de oración y que al crecer, vea que la oración es parte de la vida. Lean la Biblia y alabe a Jesús exaltando su poder y amor. Hagan que la ley del Señor gobierne a todos y predique con el ejemplo.

Cuarto: Eviten cuadros conflictivos, violentos, alarmantes delante de los hijos, transmítales seguridad y confianza aún en los momentos de más incertidumbre. Escondamos nuestros temores y nerviosismo, pues los pequeños captan esto en una forma maravillosa. No los tenga acosados ni muy protegidos.

Quinto: Haga que la atmósfera familiar sea sana en todo. Póngale música suave e instructiva; que haya luz y calor. Los juguetes que sean constructivos y que desarrollen las actividades e inteligencia del niño; no le compre cosas que tiendan a desarrollar la violencia y destrucción o destruyan su poder creativo.

Dialogue diariamente y juegue con sus hijos, envolviéndolos de cariño y comprensión. Las horas

que usted dedique a sus hijos en los primeros seis años de vida no podrán ser compensadas por ninguna otra cosa en el mundo.

Sexto: No aisle a su hijo del mundo ni le esconda la verdad con mentiras. Capacítelo para que haga frente al mal sin caer en éste. Haga que le tengan confianza. Domine su enojo y actúe siempre con ecuanimidad.

DISCIPLINANDO A LOS HIJOS

No existe un aprendizaje sin ejercicios prácticos y errores que corregir. La Biblia establece que la obediencia en los hijos no sólo se impone con palabras, no es optativa (si quiero o no), sino que es imperativa y hay que implantarla en palabra y disciplina. Es por ello que tenemos que desarrollar un mecanismo de corrección de acuerdo a la edad y actuación del niño y no podrá haber una enseñanza familiar sin el principio primario de la *vara*, pues "el que detiene el castigo a su hijo aborrece, mas el que le ama desde temprano lo corrige" (Prov. 13:24).

La vara era una rama de árbol y simbolizaba en el Antiguo Testamento autoridad y corrección, símbolo del patriarcado y presente en todo hogar judío para imponer el orden y la disciplina, pues con ella se aplicaba el castigo físico al violador de la ley. En Proverbios 22:15 se menciona cómo el método de disciplina al hijo, principalmente en la etapa de uno a siete años (Prov. 22:15; 29:15) incluye junto con la corrección, la sabiduría. El pegarle a los hijos para infundirles temor y respeto es bíblico y necesario si se toman en cuenta algunas reglas del castigo físico.

Primero: No le pegue sin primero corregir con palabra e indicar las causas del castigo, pues de lo contrario es repreensión y no corrección.

Segundo: No le pegue en estado de ira, la ira en el golpe destruye y socava el poder correctivo. Cálmese y con todo dominio propio aplique en forma controlada y por zonas no peligrosas (pies, nalgas) el castigo impuesto, no abusando del mismo continuamente.

Tercero: Antes del castigo déle oportunidad al hijo, si ya razona. Escúchele antes de emitir la sentencia.

Cuarto: Use siempre la misma vara y colóquela en un lugar visible. Que el hijo sepa que violar la ley equivale a castigo para que así tenga temor y controle sus impulsos y deseos incorrectos.

Quinto: Una vez dada una sentencia, cúmplala, si no sería debilidad de su parte. Si alguna vez comete un error en el castigo físico, reconózcalo y pida perdón.

El castigo físico no debe usarse en todo tiempo; claro que en los primeros años es más necesario, pero a medida que el niño crece, se debe cambiar al castigo moral que consiste en privarle al hijo de algo que le gusta, le agrada o desea. No siempre el mismo método correctivo resulta; a veces se necesita cambiarlo con otros para un mejor resultado, sabiendo que todo castigo debe llevar al hijo a la reflexión y el temor, el cual es el principio de la sabiduría, sabiendo que temor significa respeto a la ley y no miedo al hombre.

Sea cual sea el castigo debe haber firmeza en el mismo, no ceder a menos que la actitud del hijo responda favorablemente sin usar chantajes. Por ejemplo: se le castiga un día en el dormitorio, pero al mediodía por portarse bien y sin éste pedirlo, se le perdona. Es necesario que el hijo aprenda también que existe el perdón. Esto es comprensión (Sal. 103:13).

No se deben usar métodos de castigo fuera del presentado por la Biblia. El uso del miedo, el maltrato, las amenazas y la provocación de palabras ofensivas de parte de los padres a los hijos son incorrectas y conducirán a tu hijo a la destrucción. La Biblia ordena a los padres no provocar a ira a los hijos con procedimientos contrarios a Su palabra (Ef. 6:4). Es triste pensar que muchas veces los padres son tan estrictos y brutales en sus castigos que están aumentando la rebelión interna del hijo y a la larga desembocará en una ira violenta contra todo el medio social (Ef. 6:4). Muchos padres en vez de corregir las acciones malas de sus hijos con disciplina amorosa e inteligencia según la Biblia (Heb. 12:7-11) usan métodos que reprimen o coaccionan, por lo que éstos llenos de resentimiento exteriorizan sus frustraciones en violencia social.

Y como conclusión, debemos vivir el mandato de Dios al ordenar criar a nuestros hijos en disciplina y amonestación del Señor (Ef. 6:4), procurando que la disciplina le produzca pesar y dolor por la falta cometida a fin de enmendar las fallas de un comportamiento que se va a moldear dentro de esas reglas de convivencia que dentro del hogar los padres establezcan, si es que tienen valores sólidos y estables para legar al futuro como el más grande patrimonio que un hijo puede recibir, para que cuando sea viejo "nunca se olvide de ello".

que usted dedique a sus hijos en los primeros seis años de vida no podrán ser compensadas por ninguna otra cosa en el mundo.

Sexto: No aisle a su hijo del mundo ni le esconda la verdad con mentiras. Capacítelo para que haga frente al mal sin caer en éste. Haga que le tengan confianza. Domine su enojo y actúe siempre con ecuanimidad.

DISCIPLINANDO A LOS HIJOS

No existe un aprendizaje sin ejercicios prácticos y errores que corregir. La Biblia establece que la obediencia en los hijos no sólo se impone con palabras, no es optativa (si quiero o no), sino que es imperativa y hay que implantarla en palabra y disciplina. Es por ello que tenemos que desarrollar un mecanismo de corrección de acuerdo a la edad y actuación del niño y no podrá haber una enseñanza familiar sin el principio primario de la *vara*, pues "el que detiene el castigo a su hijo aborrece, mas el que le ama desde temprano lo corrige" (Prov. 13:24).

La vara era una rama de árbol y simbolizaba en el Antiguo Testamento autoridad y corrección, símbolo del patriarcado y presente en todo hogar judío para imponer el orden y la disciplina, pues con ella se aplicaba el castigo físico al violador de la ley. En Proverbios 22:15 se menciona cómo el método de disciplina al hijo, principalmente en la etapa de uno a siete años (Prov. 22:15; 29:15) incluye junto con la corrección, la sabiduría. El pegarle a los hijos para infundirles temor y respeto es bíblico y necesario si se toman en cuenta algunas reglas del castigo físico.

Primero: No le pegue sin primero corregir con palabra e indicar las causas del castigo, pues de lo contrario es repreensión y no corrección.

Segundo: No le pegue en estado de ira, la ira en el golpe destruye y socava el poder correctivo. Cálmese y con todo dominio propio aplique en forma controlada y por zonas no peligrosas (pies, nalgas) el castigo impuesto, no abusando del mismo continuamente.

Tercero: Antes del castigo déle oportunidad al hijo, si ya razona. Escúchele antes de emitir la sentencia.

Cuarto: Use siempre la misma vara y colóquela en un lugar visible. Que el hijo sepa que violar la ley equivale a castigo para que así tenga temor y controle sus impulsos y deseos incorrectos.

Quinto: Una vez dada una sentencia, cúmplala, si no sería debilidad de su parte. Si alguna vez comete un error en el castigo físico, reconózcalo y pida perdón.

El castigo físico no debe usarse en todo tiempo; claro que en los primeros años es más necesario, pero a medida que el niño crece, se debe cambiar al castigo moral que consiste en privarle al hijo de algo que le gusta, le agrada o desea. No siempre el mismo método correctivo resulta; a veces se necesita cambiarlo con otros para un mejor resultado, sabiendo que todo castigo debe llevar al hijo a la reflexión y el temor, el cual es el principio de la sabiduría, sabiendo que temor significa respeto a la ley y no miedo al hombre.

Sea cual sea el castigo debe haber firmeza en el mismo, no ceder a menos que la actitud del hijo responda favorablemente sin usar chantajes. Por ejemplo: se le castiga un día en el dormitorio, pero al mediodía por portarse bien y sin éste pedirlo, se le perdona. Es necesario que el hijo aprenda también que existe el perdón. Esto es comprensión (Sal. 103:13).

No se deben usar métodos de castigo fuera del presentado por la Biblia. El uso del miedo, el maltrato, las amenazas y la provocación de palabras ofensivas de parte de los padres a los hijos son incorrectas y conducirán a tu hijo a la destrucción. La Biblia ordena a los padres no provocar a ira a los hijos con procedimientos contrarios a Su palabra (Ef. 6:4). Es triste pensar que muchas veces los padres son tan estrictos y brutales en sus castigos que están aumentando la rebelión interna del hijo y a la larga desembocará en una ira violenta contra todo el medio social (Ef. 6:4). Muchos padres en vez de corregir las acciones malas de sus hijos con disciplina amorosa e inteligencia según la Biblia (Heb. 12:7-11) usan métodos que reprimen o coaccionan, por lo que éstos llenos de resentimiento exteriorizan sus frustraciones en violencia social.

Y como conclusión, debemos vivir el mandato de Dios al ordenar criar a nuestros hijos en disciplina y amonestación del Señor (Ef. 6:4), procurando que la disciplina le produzca pesar y dolor por la falta cometida a fin de enmendar las fallas de un comportamiento que se va a moldear dentro de esas reglas de convivencia que dentro del hogar los padres establezcan, si es que tienen valores sólidos y estables para legar al futuro como el más grande patrimonio que un hijo puede recibir, para que cuando sea viejo "nunca se olvide de ello".

Orientación en la crianza de los hijos

Por Orville Swindoll

Todos estamos conscientes de que hay mucha necesidad de orientación con respecto a la crianza de los hijos en la hora en que vivimos. Hay una cantidad de familias muy cristianas que sufren gravísimos problemas con sus hijos. A veces me imagino que usted se ha sentido como yo: un poco asustado, pensando si en el momento en que los hijos lleguen a la edad de la adolescencia tendremos que afrontar una situación parecida. Yo conozco íntimamente a misioneros y pastores cuyos hijos e hijas han sido motivo de tanta tristeza y de vergüenza, han provocado serios problemas que han quebrantado el corazón de los padres. Y hace muchos años yo me preguntaba: ¿tenemos que estar a la deriva en estas cosas? ¿No podemos estar con los pies firmemente plantados y el corazón confiado y en calma en obediencia al Señor, de alguna manera, para que nuestros hijos no vivan lo que experimentan tantos? Y a veces, cuando la tristeza en este sentido embarga más el corazón, por allí encontramos a una familia que no conoce nada del Señor, no hacen ninguna pretensión de seguir al Señor, pero la familia está intacta, los hijos obedientes. Entonces, más sentimos por un lado la vergüenza, por otro lado, la incertidumbre. ¿Qué significa esto?

He observado que el solo hecho de ser cristiano o de tener una familia cristiana, no es una garantía de que no va a haber problemas. Tenemos que quitar de nuestra mente esa idea de que porque yo he puesto mi fe en Cristo Jesús, él me va a guardar de toda dificultad. No debemos decir a la gente que si se entregan a Cristo ya se acaban los problemas. No es cierto. A veces, la mejor evidencia de que uno está siguiendo al Señor es que tiene problemas.

Para los hermanos pentecostales, les voy a comunicar una cosa que escuché hace un tiempo y me pareció por un lado un poco jocosa, y por



evidencia del bautismo en el Espíritu Santo? Y la respuesta, quizás la más acertada fue: problemas.

La Palabra de Dios tiene una orden muy sencilla para los niños. En Colosenses 3:20 encontramos un mandamiento sencillo, claro, escueto, y si el hijo hace caso a este mandamiento, Dios se ocupa de las demás cosas. “Hijos obedeced a vuestros padres en lo que les agrade”. ¿Qué dice su Biblia? En todo. “Hijos, obedeced a vuestros padres *en todo*, porque esto agrada al Señor”. ¿Qué significa esto? Otra vez: Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor.

UBICACION Y OBEDIENCIA

Mientras más estudiamos la familia, más entendemos que la clave para la felicidad de la familia es muy sencilla: que cada uno se ubique. No hace falta una gran inteligencia para ubicarse, ni grandes dones, si uno sabe ubicarse. Es la persona desubicada que se encuentra en ocasiones comprometedoras y difíciles que no puede solucionar.

¿Cómo se pueden ubicar los hijos? Obedeciendo a sus padres en todo, porque agrada al Señor. Yo interpreto esto en términos de que el hijo que obedece al padre goza de la bendición de Dios. Yo creo que muchos de nosotros lo hemos comprobado en nuestras propias familias, que el hijo obediente también recibe, no sólo la bendición de los padres, sino la bendición del Altísimo. Como

dice Christensen en su libro: "Cristo vive y obra en la vida de un niño obediente." Cuando los padres saben eso, entonces tienen la mejor razón de exigir obediencia a sus hijos. ¿De quién van a aprender obediencia sino de sus padres? No esperen que la maestra de Escuela Dominical, ni que el pastor, ni que la profesora o el profesor en la escuela, le enseñen obediencia si en el hogar no le enseñan.

La obediencia, como dice Pablo, no es opcional, ni se limita a lo que el niño juzga como justo: se refiere a todo. Y quizás vale decir aquel dicho conocido de un padre a su hijo: No tengo siempre la razón, pero siempre soy papá. Por lo tanto, el padre, o la madre, no deberían tener temor en admitir errores. Ellos lo saben muy bien; quizás lo supieron antes que usted. A veces yo he tenido que decir: Queridos, me equivoqué. Y ¿saben cuál ha sido una de las cosas más gratas que he descubierto? que el hijo se vuelve muy perdonador y yo soy muy sincero cuando digo que algunos de los momentos más dulces que he vivido con mis hijos han sido aquellos momentos cuando después de que yo admití mi error, ellos me perdonaron. Y parece que se refuerzan más esos lazos de amor y de comprensión entre los hijos, especialmente cuando van llegando a la adolescencia.

NO PROVOQUEIS

Efesios 6:4 dice: "Vosotros padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor." Hay dos mandamientos muy claros aquí para los padres. Somos responsables ante Dios para cumplir tres responsabilidades principales con respecto a nuestros hijos.

La primera cosa por la cual somos responsables los padres para con los hijos (cuando digo padre no me limito al varón, aunque el peso principal recae sobre el varón): enseñar. Proverbios 22:6 dice: Instruye al niño en su camino y aún cuando fuere viejo no se apartará de él." No puedo menos que creer que cuando sucede que más tarde los hijos se van apartando de los caminos del Señor, el responsable principal es el padre. No podemos culpar a la sociedad por todos los alejamientos que se producen entre los padres y los hijos. Yo estaría realmente desconcertado si creyera que no tengo mayor influencia sobre mis hijos que la que tiene la sociedad. Dios me respalda a mí y no a la sociedad pero para que eso resulte en buena orientación que perdure en mis hijos, yo preciso obedecer también la Palabra de Dios.

EL TRABAJO

Los hijos deben aprender a trabajar en el hogar, no en el primer empleo que tengan. El padre y la madre en conjunto, son los responsables de enseñar a sus hijos a trabajar. Me llama la atención poderosamente cuántos hijos que tienen ya 15 ó 16 años no saben trabajar, no saben arreglar nada en la casa que se rompe, no saben ni arreglar sus propios juguetes, no saben hacer nada. Hay señoritas de 15 y 16 años que no saben ni cocinar. Y eso es una vergüenza. ¿Dónde deben los niños aprender a trabajar? En la casa, desde temprana edad. Desde que es chico comienza a poder coordinar sus movimientos, es tiempo de comenzar a darle responsabilidad. Desde los cuatro o cinco años ya pueden comenzar a hacer una serie de cosas. Pueden vaciar los cestos de basura, pueden colgar su ropa; ya pronto pueden (los muchachos especialmente) lustrar sus zapatos; pueden aprender a poner la mesa, a lavar los platos. No esperen hasta que sean grandes para enseñarles a trabajar; será demasiado tarde y ya no querrán. Comiencen cuando el niño es aún pequeño.

LA VERDAD

Otra cosa que debe ser incluida en la instrucción es veracidad y honestidad. Si demoramos mucho es más difícil enseñar al niño el valor de la honestidad. La primera vez que pesque al niño en una mentira es tiempo de enseñarle claramente el valor de la verdad. Pero si el niño encuentra a sus padres mintiendo o engañando, de nada vale enseñarle honestidad. En nuestra sociedad es muy corriente lo que nosotros llamamos la mentirita o la mentira blanca. Es muy importante que el niño aprenda veracidad y honestidad.

LA FE

Hay que enseñarle al niño también la fe. Ustedes han visto a qué edad temprana un niño puede ejercer la fe. Cristo llamó a los niños. Los niños a muy temprana edad son capaces de confiar y creer que Dios puede ayudarles en circunstancias difíciles. Y ¿cómo vamos a enseñarles la fe? Al orar con los niños cuando hay algún problema, o en forma general, a medida que van surgiendo las dificultades se remite todo eso a Dios, delante de la familia, en oración; cuando el niño ve la respues-

ta, entiende que Dios intervino. Ya comienza a aprender las lecciones.

MODESTIA

Hay que enseñarles a los niños la modestia en el hablar, en el vestir y en el actuar. Es vergonzoso y triste cuando vemos a los padres que se ríen de los niños cuando hacen una cosa inmodesta o imprudente. No deberíamos reírlos cuando hacen esas cosas, sino en una forma adecuada, dependiendo de las circunstancias, corregirlos y enseñarles la modestia. Si no les enseñamos cuando son niños a ser modestos en su forma de actuar y en su hablar, es muy difícil cuando ya tienen quince años. Pero si eso se va grabando en su mentalidad, en su comportamiento, luego van a saber apreciar la modestia. Y repito, el ejemplo de los padres es aún más importante que las palabras. Si hay palabras sin ejemplo, de nada valen.

REGLAS

En el hogar también es necesario establecer algunas reglas en cuanto al comportamiento, pero las reglas no deben ser tan complejas, ni excesivas. Reglas muy complicadas sólo arruinan el cuadro y hacen imposible comprobar la obediencia. Tenga reglas simples y obedézcalas. Estuve escuchando una cinta de algunas reglas típicas en un hogar; por ejemplo, las reglas eran así: en la mesa los niños nunca deben reír, es la primera regla; la segunda regla era: si se ríen, no deben reírse mucho; y la tercera y la cuarta regla seguían diluyendo todo. Se ve que la regla no valía nada. Cuando estuve en la marina de los Estados Unidos, me acuerdo que había tres reglas que eran un poco costosas, pero la idea era que estas reglas valían para cualquier situación; eran para marinos rasos. La regla era esta: Si se mueve, saludelo; seguro tiene más rango. Si no se mueve, levántelo; debe ser basura. Si no puede levantarlo, pídale. Y se pretendía que con esas tres reglas se arreglaran todas las situaciones. Ahora bien. Eso quizá es una sobre-simplificación, pero en el hogar, el niño precisa saber qué es lo que se quiere de él, en términos sencillos que el niño más pequeño pueda entender.

Quizá sea conveniente escribir algunas reglas y ponerlas sobre la puerta de su cuarto, o cerca de su cama, o donde se cuelga la ropa, o simplemente enseñárselas hasta que se las grave en la mente. El niño debe entender que en el hogar hay ciertas

VINO NUEVO

reglas que se cumplen siempre. Por ejemplo, se levanta a cierta hora, se acuesta a cierta hora; cuando se le llama a la mesa, no hay que esperar que se le llame tres veces para que venga; antes de venir se lava las manos y después de cada comida se lava los dientes; son reglas que tienen sentido, son reglas racionales. Es para bien del muchacho y no cuesta mucho enseñárselas, porque son para su bien. No son nada complicadas, pero de esa manera, el niño va aprendiendo obediencia en sentido práctico y lo que es más importante, se les van grabando nuevos hábitos, nuevos modales. Si comenzamos bien, no tenemos que aumentar tanto las reglas, porque se van grabando y llegan a ser parte del vivir habitual.

Hay un error común en muchas familias y es que cuando el niño es chiquito le permitimos cualquier tipo de comportamiento y mientras va creciendo vamos apretando. Eso es justo al revés de lo que debe ser. Si dejamos al niño de 3, 4, 5, y 6 años estar a sus anchas, será imposible controlarlo cuando tenga 15 años. No se puede ser flojo al principio y muy autoritario más tarde. Es al revés. Se aplica la rigidez cuando el niño es pequeño y a medida que va creciendo se va aflojando la rienda y de esta manera, el chico va aprendiendo con toda naturalidad a asumir responsabilidad a un ritmo que pueda captar. Entonces, si disciplinamos y enseñamos bien a nuestros hijos, cuando son más crecidos, va a ser normal para ellos.

DISCIPLINA Y AMOR

La disciplina se aplica como consecuencia de no haber acatado la enseñanza y como prueba de amor. La disciplina es la clave. No vale por sí sola, pero es la clave.

Hay una cosa sobre disciplina que nosotros los padres debemos entender y se halla en I Samuel 3, versículos 13 y 14: (con respecto a la desobediencia de los hijos de Leví Dios dice al niño Samuel) "Le mostraré a Elí que yo juzgaré su casa para siempre, por la iniquidad que él sabe; porque sus hijos han blasfemado a Dios y él no los ha estorbado. Por lo tanto, yo he jurado a la casa de Elí que la iniquidad de la casa de Elí no será expiada, ni con sacrificios ni con ofrendas." ¿Cuál era el mal de Elí que trajo sobre él el juicio de Dios? No tanto que los hijos blasfemaron, sino que él no los estorbó cuando blasfemaron. No se pueden controlar todos los pensamientos ni todas las acciones de sus hijos, pero sí tiene que estor-

barles cuando esas acciones desagradan a Dios. Elí no los estorbó. ¿Qué significa estorbar? Quitarle la paz, no admitir, intervenir, reprender, corregir. Elí tal vez decía: “¿Y qué puedo decir yo? Ya están grandes los muchachos. Yo sé que cuando hacen mal, a mí me da vergüenza, pero yo pido a Dios: Dios, cámbialos.” ¿Ha escuchado esto alguna vez? Esto es un lamento muy tardío y desubicado de parte de los padres. Hay una cosa que debemos entender y es que Dios no corrige a nuestros hijos. Nosotros somos los responsables de corregirlos. Es un error enseñar a los de temprana edad que Dios les va a juzgar por actuar incorrectamente. Usted tiene que juzgarles.

Haçe tiempo un colega mío dijo que él pensaba que si él como pastor o como ministro se ocupaba de la obra de Dios y viajaba por todos lados, Dios se ocuparía de la disciplina de sus hijos, hasta que aprendió que Dios no cría a hijos. Dios no se ocupa de la crianza de niños. Hay una sola excepción y esa se presenta en la Palabra de Dios: cuando se trata de huérfanos. Dios es padre de huérfanos y esposo de viudas, pero Dios no es padre de mis hijos, ni marido de mi mujer. El me puso a mí y cuando Dios nos ubica en una posición no podemos lavarnos las manos por más santos que parezcamos.

En cuanto a la corrección y a la disciplina de los hijos, no deben haber amenazas repetidas ni expresiones de enojo, sino una sentencia ejecutada sin demora; Eclesiastés 11:8 nos da la pauta: “Por cuanto no se ejecuta luego la sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal.” Cuando yo era niño vivía al lado de una familia que tenía una niña de quizás 4 ó 5 años. Recuerdo que todos los días oía decir a la madre: “María, no hagas eso más, te voy a pegar. María, no hagas eso, no te dije. María, ¿cuántas veces tengo que decirte que no hagas eso? María, ven acá. ¿No me escuchaste que dije que vinieras?” Todo el día, pero nunca le pegaba. Amenazas repetidas. Yo sé muy bien lo que pasaba en la mente de esa niña: Mi mamá sólo grita; nunca hace nada. Ladra pero no muerde. Esa disciplina no vale. No pesa. Lo que pasa es que muchas veces los padres creemos que los niños son medio tontitos. No son nada tontitos. Son bien alertas e inteligentes y saben muy temprano especular con cualquier punto flojo que encuentren en sus padres. Y creo que toda madre reconoce también cuán pronto el niño aprende donde

está el punto flojo de la madre. Cuando yo era niño aprendí, junto con mis otros hermanos muy bien cuál era el punto flojo de nuestra mamá. Sabía que si le rogaba lo suficiente, al fin iba a ceder. Le insistía por la derecha, la izquierda, atrás, adelante, hasta que al fin cedía. Pero de igual manera sabía que con papá no valía nada. Porque cuando papá me decía no, era no; aunque yo le dijera 100 veces lo mismo. Mamá comenzaba a decirme “no, ahora no; no, no me parece; no, cállese. No. Y bueno, veremos; y, bueno, si insistes.” El no era así. Con mi papá la paciencia no cambiaba nada la cosa porque era determinado. Yo aprendí y mi señora también que con nuestros hijos, nuestros sí tenían que ser “sí”, y nuestros no, “no”. Y no hace falta gritar, alzar la voz, solamente estar firmes, porque si usted comienza a aflojar, el chico sabe que la próxima vez también va a aflojar.

SEGUN LA OFENSA

Cuando el niño hace mal tiene que disciplinarlo, de acuerdo a la ofensa. Dice aquí: “Tiene que ejecutar la sentencia sin demora.” Por ejemplo, dijo al niño: “no hagas esto, o ven acá. Si no me obedeces la próxima vez vas a pagar.” Y si me desobedece, paga. No hay vueltas, no me enojo cumpla mi palabra, nada más. Y el chico aprende que soy fiel a mi palabra. Los niños no son buenos por naturaleza; durante toda una generación, si no dos, hemos oído y muchos han tragado esa filosofía anti-bíblica de que el niño es realmente bueno en su corazón. Ahora, escuchen lo que dice la Palabra de Dios. Proverbios 22:15: “La necedad está ligada en el corazón del muchacho, mas la vara de la corrección la alejará de él.” Como padre que contemplo a mi hijo, yo sé, por lo que dice la Palabra de Dios, por lo que dice mi naturaleza, la necedad está ligada, unida, pegada, cementada, juntada, con firmeza en su corazón; pero yo sé también cómo separarla de su corazón. Hay solución. A veces nos hacemos super-espirituales, creyendo que todo se arregla con oración, cuando hay claro mandamiento de Dios. ¿Cuál es la manera de quitar la necedad del corazón del muchacho? La vara de la corrección tiene distintas formas, pero el principio consiste en que es una vara. Proverbios 3:12 dice: “Porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo, a quien quiere.” Proverbios 23:13-14: “No rehúses corregir al muchacho, porque si lo castigas con vara no morirá. Lo castigarás con vara y librarás su alma del Seol.” Proverbios

29:15: "La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre." ¿Cuántas funciones válidas cumple la vara? Le desliga la necedad del corazón, le libra el alma del Seol y le da sabiduría. Ni la escuela consigue tanto. Proverbios 13:24: "El que detiene el castigo a su hijo aborrece, mas el que lo ama desde temprano lo corrige." No quiere decir que lo saca de la cama para corregirle, quiere decir desde temprana edad. Proverbios 19:18: "Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza, mas no se apresure tu alma para destruirlo." Proverbios 20:30: "Los azotes que lleven son medicina para el malo, y el castigo purifica el corazón." Así que vemos entonces el resumen que la vara es el método que Dios ha establecido para la disciplina.

El propósito de la vara es quizá doble: primero, pica al muchacho y segundo, no le daña. La idea es hacerle doler sin dañarlo; nunca debes proceder contra tus hijos en forma que les dañes. Es muy importante. La brutalidad no tiene jamás lugar en la disciplina. Nunca hay que faltarle respeto a la dignidad humana. La disciplina en el plan de Dios es siempre expresión de amor, para darles sabiduría, para sacar su alma del Seol y para quitar la necedad de su corazón. No debemos disciplinar nunca a nuestros hijos cuando estamos enojados. Dicen algunos que es imposible disciplinar si no están enojados: ¡Ay, mi hijo me saca de quicio! Y ya comienza a hervir la caldera. Si es así, si tú no puedes controlar tus emociones, no le castigues aún.

LA CULPA

El castigo quita la culpa. Hay dolor en el alma, cuando he mentado; cuando he blasfemado, también siento dolor en el alma. ¿No lo sientes tú cuando procedes mal? Debates con tu señora y dices una cosa fuera de lugar y aunque ella no conteste, tú te sientes mal. ¿Por qué? Porque has blasfemado. Pues pasa lo mismo con el niño y si ese dolor en el alma sigue, el tergiversa la personalidad. Va a crecer con complejos, con problemas psicológicos y la mejor forma de quitar ese dolor es pagar por la ofensa. Si yo he robado, devuelvo lo robado con una confesión: yo hice mal y estoy dispuesto a afrontar las consecuencias; yo no siento dolor en mi alma; ya hice lo que estaba en mi poder hacer para corregir mi mal. Pues el niño también vive sin complejos si el padre le disciplina cuando se comporta mal. Esto es muy notable.

VINO NUEVO

Una cosa que yo aprendí del hermano Christensen, autor de "La familia Cristiana", acerca de la disciplina me resultó tan provechoso que lo comparto con ustedes. Es el orden de la disciplina de un niño. Supongamos que el hijo suyo procedió mal; la primera cosa que hay que hacer es efectuar el castigo; después oración; después perdón y finalmente reconciliación; en este orden. El hijo procede mal. Muy bien, de acuerdo a la ofensa tiene que pagar. Lo castiga, lo disciplina, le quita un privilegio, lo que sea. En muchos de los casos la mejor manera es la vara, como dice la Palabra de Dios. No es la única forma, pero una de las formas más comunes y la que más menciona la Palabra de Dios.

Después, usted ora con él porque el castigo le quita sentido de dolor; no es que le añade dolor. Realmente el dicho es cierto: "La disciplina correcta duele más al padre que al hijo." El dolor que se siente en la piel es mucho menos dañino que el dolor que se siente en el alma por su sentido de culpa. Cambias un dolor por otro y le dejas en mejor condición. Pero tú tienes el dolor en el alma porque tu hijo procedió mal, por supuesto. Entonces tú oras con el hijo. Ahora el corazón está quebrantado. Es maravilloso: cuando la disciplina se aplica sin ira y sin enojo, el muchacho se vuelve tierno. Ya está sollozando y está entristecido, pero como ya pagó, no está pensando en su mal; ahora está pensando en la herida que le provocó a usted. Entonces, usted ora con el muchacho. Le enseña en una oración sencilla a confesar su mal.

LA ORACION

La oración debe venir después del castigo y no antes, porque si viene antes del castigo el muchacho interpreta la oración como una manera de especular con los padres a ver si escapa el castigo y la oración no puede ser sincera. Es importante que toda oración que haga con su hijo sea sincera y para que sea sincera tienes que tener un corazón sencillo. El castigo vuelve al corazón sencillo y entonces oras con el muchacho. Ya él está dispuesto, ya no ofrece resistencia, ya pagó, ya no hay amenazas contra él, ya no hay sentencia que cumplir. Está dispuesto a orar.

Oras con el muchacho, después, tú oras y después (y este es el punto importante) perdónale al muchacho. Sumínistrale el perdón de nuestro Señor. Asegúrale que está perdonado, asegúrale que

su pecado está borrado, asegúrale que Dios le perdona y que tú le perdonas.

LA RECONCILIACION

Luego, la reconciliación. Este es un punto muy importante. Asegúrale al muchacho que está perdonado y luego olvídate del asunto. No pases el resto del día recordándole lo malo que hizo. No lo recuerdes en su contra jamás. Ya pagó; ya fue perdonado. Si tú no reconoces el perdón, pues ni el muchacho va a creerte después cuando le digas "te perdono." Es muy común el dicho "perdono pero no olvido." Eso no es perdón. Cuando Dios perdona, se olvida. El Espíritu Santo te dirá lo malo que eres hasta que confieses y después no te lo va a volver a decir. Así, la reconciliación del muchacho que ofendió es muy importante.

En cuanto a la disciplina, debe ser en proporción a la ofensa. No debe ser con enojo. Si estás enojado espera hasta que te calmes; por ejemplo, una de las cosas que puedes hacer es que cuando el muchacho ha sido tan malo y te hizo perder los estribos, no le castigues aunque ese enojo sea normal. Puedes decirle al muchacho que se vaya al dormitorio y que cierre la puerta y espere allí. Tú no vayas hasta que estés calmado. Cuando estés calmado, vé y disciplínalo. ¿Sabes por qué? Si disciplinamos a los niños cuando estamos enojados con bronca o con amargura, en vez de transmitirle castigo, le transmitimos nuestra amargura. Y el muchacho no es corregido, es castigado, pero no es corregido. Es cierto. Si yo estoy enojado cuando disciplino a mis hijos, les transmito mi enojo y ellos se enojan también. Pero si yo estoy con calma, ellos tienen que entender que es amor lo que me mueve, firmeza, convicción, conciencia sobre la forma correcta de proceder; entonces va a recibir disciplina de ti mismo. Por eso es muy importante.

Padre y madre deben estar unidos en disciplina. Cuidado que la madre no contradiga a su marido en esto y que el marido deje de respaldar a su esposa, especialmente en presencia de los hijos. Si hay una diferencia de opinión, arréglenla cuando los hijos no estén presentes, pero delante de ellos manténganse unidos. Es muy importante porque los hijos van a aprovechar eso siempre para sacar partido.

AMOR

Ahora vamos a la tercera cosa que mencionamos que es amar. Los hijos necesitan encontrar en

el hogar placer, comodidad (no necesariamente lujo) y felicidad. No me preocupo cuán malo, cuán vergonzoso puede ser el ambiente en este mundo en que vivo y sobre el cual no tengo ningún control, siempre que en mi hogar haya calor, amor y comprensión. Hay una manera sencilla en que tú puedes saber si tu hijo encuentra eso y es por esta evidencia: si el hijo está contento en su casa y prefiere traer a sus amigos a su casa en vez de ir a la casa de ellos, el muchacho está bien.

Vuelvo a decir, no es cuestión de que tengan muchas cosas para jugar, mucho lujo, no entra eso. Yo conozco hogares bien pobres donde los niños del barrio se juntan allí todos los días, por una sencilla razón: el padre y la madre son muy comprensivos, son muy compasivos, abren sus corazones y los niños encuentran calor allí. Sus propios hijos traen a sus amigos allí. El niño debe sentirse feliz en su hogar. El niño que ha recibido disciplina en su hogar comprenderá que su hogar es más tranquilo por la disciplina que no reciben en los hogares de sus amigos, en donde los padres se gritan entre sí y los niños están nerviosos y el muchacho dice: ¡Qué hogar! Ya a los ocho o diez años comienzan a entender eso muy bien.

La figura principal en la disciplina debe ser el padre. No dejes la disciplina con tu esposa. La figura principal es el padre. Cuando digo esto comprendo que muchísimos padres están alejados de la casa una buena parte del día. Yo no digo que necesariamente el padre es el que tiene que aplicar siempre la disciplina, sino que el niño debe entender que el papá da las órdenes, que la disciplina sobre él procede por orden de papá y la mamá encontrará apoyo si ella le hace saber al niño eso. Están unidos, pero la figura principal es el padre.

En el amor debe haber un contacto físico; como en la disciplina hay un contacto físico cuando se toca la piel, en el amor tiene que haber contacto físico.

Es importante ese contacto físico. El niño o niña quieren sentir la piel, quieren sentir los brazos, quieren sentir carne en la cara, quieren sentir besos. Pues, padres (no hace falta decírselo tanto a las madres) dénles amor así. Dénles amor, contacto, manos, brazos. Necesitamos dedicar tiempo a esta área de relación con los hijos.

Tomado de una conferencia dictada en Costa Rica en Setiembre de 1974.

EL ANTIDOTO PARA LA REBELION*

por Bob Mumford

Si se efectuara un concurso público hoy en día para elegir al hombre que probablemente menos éxito alcanzaría en la vida, de acuerdo a la ética corriente, mi candidato sería el *apóstol Pablo*. ¿Le sorprende esto? Sin embargo, en uno de sus lemas (y hay otros), él probablemente llevaría el voto de la mayoría como muy impopular, si no totalmente inaceptado. ¿Cuál es este lema? "*Sométase toda persona a las autoridades superiores.*" (Romanos 13:1.)

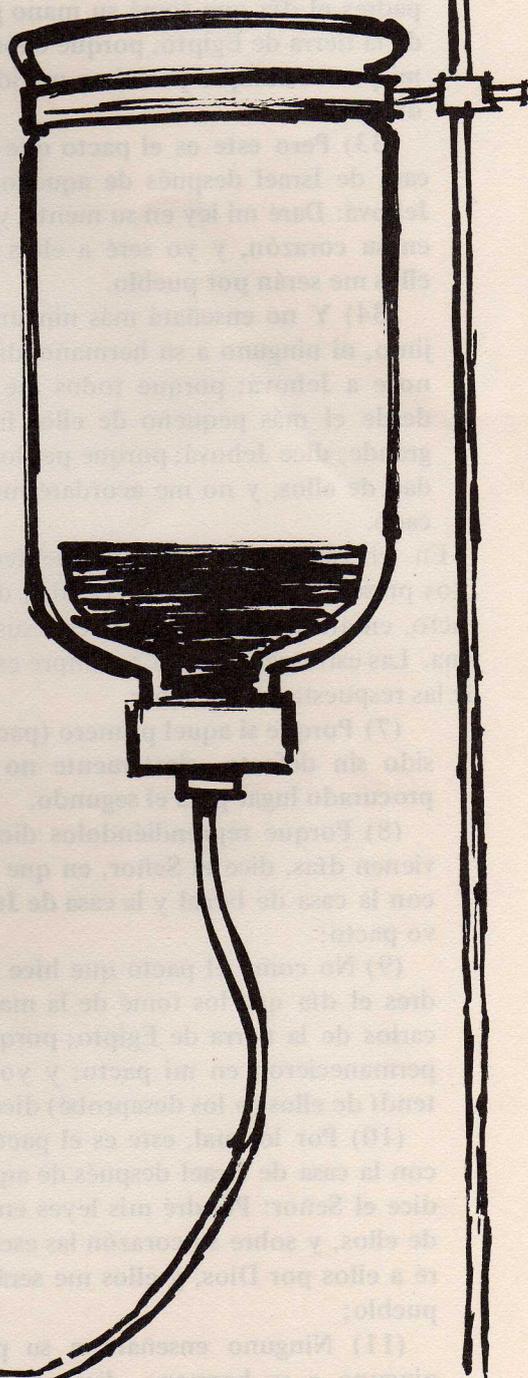
¿Qué le hacen esas simples siete palabras a usted? ¿Cómo se siente cuando piensa en eso de estar sujeto a *otro*, cuanto más a poderes en todas las principales esferas de la vida: la espiritual, la civil y el hogar?

La rebelión es probablemente el elemento que más rápido crece en nuestra sociedad hoy en día. Se esparce en cada fase de la existencia. Parece no haber barrera que detenga su marcha precipitada; ni la edad, ni el sexo, ni el temperamento, ni la situación. ¿Qué revela esto al oído y ojo sensibles? ¿Puede la naturaleza pecaminosa básica del hombre estar llevándolo hacia su propia destrucción? ¿Dónde cabe Dios en este cuadro? No tema . . . Dios está aquí . . . El está en medio del escenario. De hecho, El tenía el antídoto para la rebelión aún antes de que el primer hombre se rebelara. Su tarea eterna ha sido conseguir que el hombre reconociera y aceptara el remedio divino.

¡ESCUCHE A DIOS!

El Antiguo Testamento nos dice del deseo de Dios y de Sus esfuerzos de entrar en una relación de pacto con Su pueblo, obrando a través de la raza judía. Después de siglos de tratos se probó más allá de la duda, la inhabilidad del hombre de

** Tomado del libro "El problema de hacer lo que le da la gana"*



EL ANTIDOTO PARA LA REBELION*

por Bob Mumford

Si se efectuara un concurso público hoy en día para elegir al hombre que probablemente menos éxito alcanzaría en la vida, de acuerdo a la ética corriente, mi candidato sería el *apóstol Pablo*. ¿Le sorprende esto? Sin embargo, en uno de sus lemas (y hay otros), él probablemente llevaría el voto de la mayoría como muy impopular, si no totalmente inaceptado. ¿Cuál es este lema? "*Sométase toda persona a las autoridades superiores.*" (Romanos 13:1.)

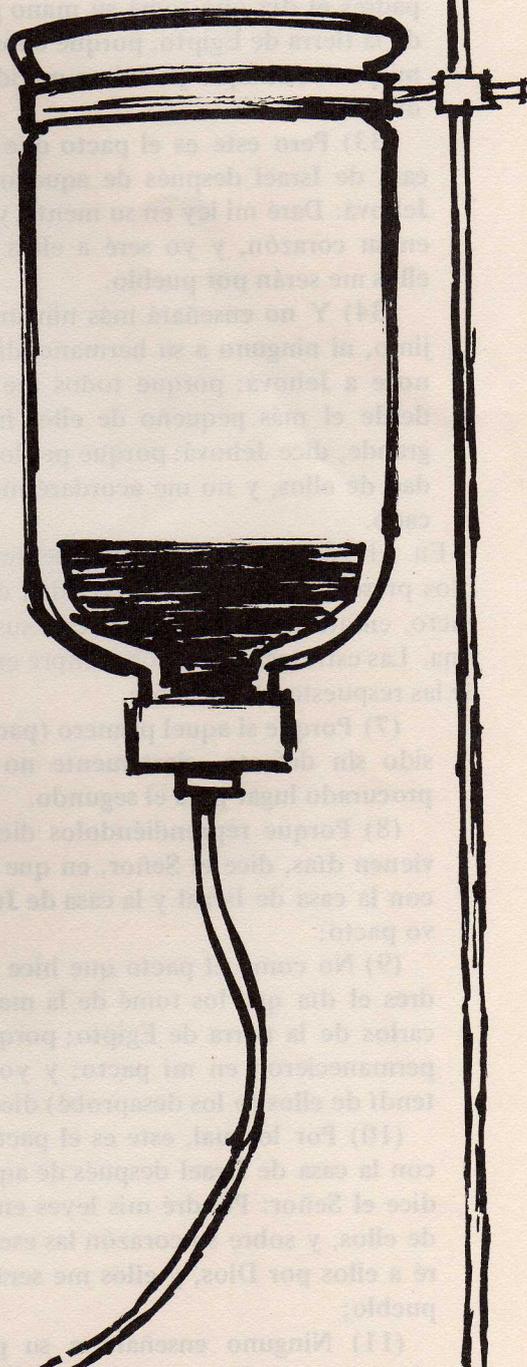
¿Qué le hacen esas simples siete palabras a usted? ¿Cómo se siente cuando piensa en eso de estar sujeto a *otro*, cuanto más a poderes en todas las principales esferas de la vida: la espiritual, la civil y el hogar?

La rebelión es probablemente el elemento que más rápido crece en nuestra sociedad hoy en día. Se esparce en cada fase de la existencia. Parece no haber barrera que detenga su marcha precipitada; ni la edad, ni el sexo, ni el temperamento, ni la situación. ¿Qué revela esto al oído y ojo sensibles? ¿Puede la naturaleza pecaminosa básica del hombre estar llevándolo hacia su propia destrucción? ¿Dónde cabe Dios en este cuadro? No tema . . . Dios está aquí . . . El está en medio del escenario. De hecho, El tenía el antídoto para la rebelión aún antes de que el primer hombre se rebelara. Su tarea eterna ha sido conseguir que el hombre reconociera y aceptara el remedio divino.

¡ESCUCHE A DIOS!

El Antiguo Testamento nos dice del deseo de Dios y de Sus esfuerzos de entrar en una relación de pacto con Su pueblo, obrando a través de la raza judía. Después de siglos de tratos se probó más allá de la duda, la inhabilidad del hombre de

** Tomado del libro "El problema de hacer lo que le da la gana"*



mantener su parte del pacto. Dios sabía que este sería el resultado. Pero El necesitaba revelarle lo inevitable a la humanidad para que se allegara a El para Su provisión.

Escuche a Dios a medida que El habla a través del profeta Jeremías a la gente de aquel día; Jeremías 31:31-34:

(31) He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá.

(32) No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto, porque ellos invalidaron mi pacto, aunque yo fui un marido para ellos, dice Jehová.

(33) Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón, y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.

(34) Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.

En el Nuevo Testamento (Hebreos 8:7-13), Dios presenta de nuevo la necesidad de un nuevo pacto, enfatizando la razón de esta sustitución divina. Las estrategias de Dios siempre están a la par de las respuestas del hombre.

(7) Porque si aquel primero (pacto) hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo.

(8) Porque reprendiéndolos dice: He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto;

(9) No como el pacto que hice con sus padres el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos no permanecieron en mi pacto; y yo me desentendí de ellos (o los desaprobé) dice el Señor.

(10) Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en las mentes de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo;

(11) Ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al

Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos.

(12) Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades.

(13) Al decir: Nuevo pacto, ha dado por viejo el primero; y lo que se da por viejo y se envejece, está próximo a desaparecer.

He escrito la palabra *exasperación* a lo largo de la siguiente porción en mi Biblia: Isaías 5:1-7. Aquí Dios, en forma clara y fuerte presenta Su punto de vista, diciendo cómo ha usado Su energía hacia la ansiada meta de traer hacia El a un pueblo que en realidad Le ame. ¿Se da cuenta usted del dolor del corazón en el versículo 4? "No sé qué más hacer. He hecho todo lo que podía."

(1) Ahora cantaré por mi amado el cantar de mi amado a su viña. Tenía mi amado una viña en una ladera fértil.

(2) La había cercado y despedregado y plantado de vides escogidas (¿qué dice Juan 15 acerca de la viña?); había edificado en medio de ella una torre, y hecho también en ella un lagar; y esperaba que diese uvas, y dio uvas silvestres.

(3) Ahora, pues, vecinos de Jerusalén y varones de Judá, juzgad ahora entre mí y mi viña.

(4) ¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo, esperando que yo diese uvas, ha dado uvas silvestres?

(5) Os mostraré, pues, ahora lo que haré y a mi viña: le quitaré su vayado, y será consumida; aportillaré su cerca, y será hollada.

(6) Haré que quede desierta; no será podada ni cavada, y crecerán el cardo y los espinos; y aún a las nubes mandaré que no derramen lluvia sobre ella.

(7) Ciertamente la viña de Jehová de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá planta deliciosa suya. Esperaba juicio, y he aquí vileza; justicia, y he aquí clamor.

¿UVAS U HOJAS?

¿Qué era lo que estaba mal con la gente del viejo pacto? Tenían mucha religión pero nada de obediencia. Dentro de ellos estaba esa raíz de rebelión la cual cuando permanece resulta en gran transgresión y rechazo al final en cuanto a nuestro

servicio efectivo en el reino. Dios le dice a Israel: "Esperaba que diese uvas, y dio uvas silvestres." Jesús también dijo algo sobre esto en Lucas 20: 9-18:

(9) Comenzó luego a decir al pueblo esta parábola: Un hombre plantó una viña, la arrendó a labradores, y se ausentó por mucho tiempo.

(10) Y a su tiempo envió un siervo a los labradores, para que le diesen del fruto de la viña; pero los labradores le golpearon, y le enviaron con las manos vacías.

(11) Volvió a enviar otro siervo; mas ellos a esté también, golpeado y afrentado, le enviaron con las manos vacías.

(12) Volvió a enviar un tercer siervo; mas ellos también a este echaron fuera, herido.

(13) Entonces el señor de la viña dijo: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; quizás cuando le vean a él, le tendrán respeto.

(14) Mas los labradores, al verle, discutían entre sí, diciendo: Este es el heredero; venid, matémosle para que la heredad sea nuestra.

(15) Y le echaron fuera de la viña, y le mataron. ¿Qué, pues, les hará el señor de la viña?

(16) Vendrá y destruirá a estos labradores, y dará su viña a otros. Cuando ellos oyeron esto, dijeron: ¡Dios nos libre! (Ellos sabían lo que Jesús estaba prediciendo).

(17) Pero él, mirándolos, dijo: ¿Qué, pues, es lo que está escrito: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo?

(18) Todo el que cayere sobre aquella piedra, será quebrantado; sobre quien ella cayere, le desmenuzará.

¿Puedo presentarle una de las diferencias entre el viejo pacto y el nuevo? El problema con el cual Dios estaba tratando aquí era la complacencia y el sentido de "haberlo alcanzado" que se había apoderado de los judíos. Ellos afirmaban orgullosamente: "Nosotros somos el pueblo escogido. Dios nunca nos puede rechazar." Los profetas les advirtieron que Dios los juzgaría por esta actitud. Ellos proclamaron que Dios haría un nuevo pacto y que no les presentaría el mismo problema. Jesús también les advirtió en cuanto a esto.

Mateo 21:43 dice lo siguiente: "Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos

de él." Y esto es exactamente lo que hizo Dios. El tomó el reino de los judíos y se lo dio a la iglesia primitiva. Y mientras la gente del nuevo pacto marchaba a través de los años, cada vez que aparecía el clamor de: "Nosotros somos el pueblo", la respuesta de Dios permanecía constante: "Nadie podrá decir de nuevo que son el pueblo". Dios todavía está buscando uvas.

La Iglesia Católica Romana, los cruzados, el Movimiento Protestante, los Wesleyanos, los Pentecostales — no le toma mucho tiempo a ningún grupo para caer en esta condición. Liturgias . . . grandes catedrales con vitrales en las ventanas . . . nuestro presupuesto que es más grande que el del año pasado — ¿se da cuenta usted del doble sentido de "Nosotros somos el pueblo"? Nadie va a hacer esta declaración que no sea retado. Dios se mueve en contra de nuestros "imperios" diciendo: "Si no hay uvas, quitaré lo que hace las uvas (la unción) y buscaré a alguien que desee cultivar uvas y no hojas."

Un sabio maestro una vez me aconsejó en referencia a un movimiento en particular: "Esta es una obra magnífica, pero está comenzando a hundirse. Ahora, si se hunde, no te hundas junto a ella. Sal e involucrate a algo que flote." Es muy fácil estar aferrado a una *cosa* y hundirse con ella. Cuando las campanas de la muerte empiezan a sonar proclaman el tiempo en que el Señor de la viña regresa, recoge lo que hace las uvas y se lo da a otros. Nadie lo puede detener. Le sucede a grupos, a denominaciones y a individuos. Permítame compartir con usted un secreto espiritual: No se deje impresionar con las hojas. Mire a través de ellas y pregunte: "¿Dónde están las uvas?" ¿Otro secreto? La clave es la obediencia . . . "Hacer la voluntad de mi Padre."

LA HOZ DE PODAR

Ya hemos visto el peligro en asumir: "Nosotros somos el pueblo", junto con la rebelión y la falta de llevar fruto, que se heredan con esta actitud. Ahora permítame mostrarle otra verdad explosiva revelada por Jesús en sus comentarios a los escribas y fariseos en Mateo 23:28 al 24:2. He aquí el filo afiladísimo de la hoz de podar.

(28) Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres (filac-

terias, rosarios, casquetes — defensores del honor de Dios) pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad (farsas y desobediencia).

(29) ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos (estatuas de Juan Calvino . . . una nueva iglesia para honrar a Martín Lutero . . .)

(30) y decís: Si hubiésemos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas (si hubiéramos vivido en los días de Martín Lutero, ¿habríamos nosotros firmado las sentencias de muerte?; si hubiéramos vivido en los días del avivamiento de la calle Azusa, ¿habríamos estado presentes tirando tomates como muchos otros?).

(31) Así que dáis testimonio contra vosotros mismos, de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas.

(32) ¡Vosotros también llenad la medida de vuestros padres!

(33) ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?

(34) Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad;

(35) para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar.

(36) De cierto os digo que todo esto vendrá sobre esta generación.

(37) ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! (¡Las palabras más tristes de la Biblia! ¿Ve aquí una actitud? ¿Ve una actitud religiosa incorregible y que no cambia y que no se puede quebrar?)

(38) He aquí vuestra casa os es dejada desierta.

(39) Porque os digo que desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.

(24:1) Cuando Jesús salió del templo y se iba (él dejó ese “lugar”, y todo lo que era es-

piritual y real salió de allí y todo lo que les quedó fue un club religioso) se acercaron sus discípulos para mostrarle los edificios del templo (Maestro, te estás equivocando; dejando este bello edificio, este órgano que cuesta 50,000 dólares . . .)

(2) Respondiendo él les dijo: ¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada.

Quiero que estos próximos pensamientos se graben en nuestros corazones ¿Qué fue lo último que hizo que Jesús abandonara el templo? No fue la hipocresía de su día, el adulterio o el robo o el juego; fue la manera en que trataban a los siervos de Dios. La rebelión se consuma en la forma en que tratamos a los siervos de Dios. Dios manifiesta nuestra rebelión colocando a alguien directamente sobre nosotros y poniéndonos bajo autoridad. El rechazo de la autoridad delegada resulta en que perdamos la unción, la gloria, ese “algo” que hace las uvas.

¿Sabe usted lo que Dios le está diciendo a la iglesia? Hay una palabra que lo resume todo: *sumisión*. ¿Qué dijo Pablo en Romanos 13:1 que hace que aún hoy en día él esté escudriñando en las profundidades de nuestro ser? “*Sométase toda persona a las autoridades superiores.*” ¿Se hace usted preguntas en cuanto a la popularidad del apóstol Pablo?

Volviendo a la parábola que Jesús relató en Lucas 20, recordemos: “Había un cierto hombre que tenía una viña. Y cuando llegó el tiempo de recoger las uvas, envió a un siervo. Los labradores lo golpearon y lo arrojaron de la viña y dijeron: ‘¿Quién te crees ser?’ Entonces el amo mandó a otro e hicieron lo mismo. Finalmente, el dueño de la viña dijo: ‘Voy a mandar a mi propio hijo, y entonces cuando lo vean lo honrarán.’ Pero cuando llegó el hijo, los labradores se dijeron: ‘He aquí el heredero. Lo mataremos y nos quedaremos con toda la herencia para nosotros.’ Así que lo arrojaron fuera de la viña y lo mataron.”

RECIBA - ¡O VEAMOS QUE PASA!

Es posible que no nos guste oír el mandamiento: “Sométase”, pero la rebelión suprema se revela por la manera como reaccionamos ante la autoridad delegada por Dios. Eso es lo que yo soy, autoridad delegada; un siervo al cual se le han confiado grandes responsabilidades. Yo era un marinero que me estaba divirtiendo mucho cuando Dios me

dijo: "Bob, quiero que me sirvas." Incrédulo le respondí: "¿De veras?" No solamente yo, sino que muchos de mis amigos pensaron que ése había sido el primer error de Dios. Pero cuando acepté el llamamiento del Señor al ministerio, tomé la determinación que mi único propósito en la vida sería ser siempre honesto, fiel y siempre abierto a recibir la presencia de Dios, y que sería un siervo obediente y que actuaría de buena voluntad.

Permítame compartir con usted una experiencia que tuve muy temprano en mi ministerio. Me invitaron a tomar parte en una convención en el Perú. Se me asignó ir a la casa de una familia peruana.

Eran muy pobres. Cuando entré a la humilde casa, había una pequeña mesa puesta como si fuera el comedor de un hotel lujoso, y vi una sola silla. Había muchísima comida en la mesa, y toda la familia se encontraba de pie, cerca de la mesa. Yo les pregunté:

— ¿Cuándo vamos a comer?

El dueño de casa me respondió con su poco inglés:

— Oh, hermano, nosotros no vamos a comer mientras el varón de Dios esté aquí.

El tono reverente de su voz me hizo dar vuelta a la cabeza para ver si Elías estaba detrás mío. Volví a preguntar:

— ¿Y qué comen ustedes?

— Oh, nosotros no comemos mientras el varón de Dios esté aquí. Vamos a comer lo que usted deje.

Así que con el padre, la madre y nueve hijos parados cerca de la pared, yo me senté a la mesa y traté de comer. Casi me ahogué y no podía tragar la comida. Mis lágrimas caían dentro del plato. Mientras tanto ellos estaban alabando y adorando a Dios y decían: "Oh, Señor, te damos gracias porque nos has honrado mandándonos a un varón de Dios."

Algo comenzó a quebrarse dentro de mí y clamé: "Dios, cómo debe agradarte a Ti esto, que estas personas estimen tanto a Tu enviado." Sentí la dulce presencia de Jesús en esa reunión. No era que ellos estuvieran adorando a un héroe. Era algo que habían aprendido. Delante de ellos había un varón de Dios que había venido a su casa, y ellos recibían al siervo de Dios en la misma forma que hubieran recibido a Dios.

Ahora, si usted puede sacar de esta declaración hecha por Jesús, la misma verdad que me fue revelada, toda su perspectiva espiritual puede revolucionarse. "¡Bendito el que viene en el nombre del

Señor!" (Mateo 21:9.) Aquello que yo vi hizo muchos cambios en mi vida. Jesús nos está diciendo que El y Sus siervos están tan profundamente unidos que no se pueden separar. Hasta que yo no aprenda a decir: "Bendito el que viene a mí en el nombre del Señor", nunca voy a entender por completo lo que el Señor está haciendo en la tierra. Debo *aprender* a someterme a aquellos que tienen autoridad sobre mí.

En nuestra época muchos dicen: "No creemos en liderazgo, ni en autoridad, ni en pastores, ni en nada por el estilo. Nosotros somos espirituales. No tenemos otra cabeza que a Jesús." Busque entre hojas. ¿Encuentra uvas? Es verdad que puede haber mucho movimiento. Es posible que exista mucho entusiasmo. Pero mire Mateo 10:40 y lea lo que Dios ha ordenado: "El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió."

¿Se da cuenta de lo que Dios quiere? Cristo se coloca un paso detrás del hombre de Dios, y su Padre un paso detrás de Cristo. Entonces Cristo dice: "Voy a fijarme en la forma en que tú tratas a Mi siervo. Si lo tratas bien, Yo vendré a ti. Y mi Padre está detrás de Mí. Si tú rechazas a mi siervo, yo Me voy." El versículo 41 de Mateo 10 continúa así: "El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá; y el que recibe a un justo por cuanto es justo, recompensa de justo recibirá." ¿Comienza a darse cuenta usted por qué el Señor se pone a un paso detrás del hombre de Dios?

Para ilustrar esto, permítame relatarle algo que ocurrió en mi familia. Tengo dos hijos, uno tiene diez años y el otro cuatro. El mayor está ayudando al más chico a acostarse y le dice: — Ponte el pijama.

A lo cual el menor responde: — No tengo que hacerlo.

El otro intenta nuevamente: — Sí, debes hacerlo. Yo soy tu hermano y es mejor que me hagas caso.

El más pequeño contesta nuevamente: — Yo no tengo que hacerte caso a ti. Yo ya soy grande.

En medio de la pelea aparezco en la escena: — ¿Qué pasa aquí? (De pronto mi hijo menor se vuelve sumamente dócil.) Es mejor que obedezcas a tu hermano.

— Sí, papá, yo lo voy a obedecer — pero tan pronto como yo salgo del cuarto, todo comienza de nuevo.

— No tengo que obedecerte a ti; a papá sí, pero a ti no.

De pronto me doy cuenta de la verdad. Noso-

tros decimos muy contentos: "Yo quiero que Dios me gobierne." Nos sentimos seguros porque Dios está lejos de la escena de la acción. Pero cuando se trata de obedecer a la autoridad delegada, al hombre de Dios, al pastor, al oficial de policía, al esposo, al padre . . . ¡la historia es bien diferente!

Digamos que Dios me llama a una tarea particular. Yo estoy de acuerdo en ir. El me dice: "En cuanto tú llegues a ese lugar, algunos te rechazarán y otros te van a recibir. Los que te rechazan, me rechazan a mí." ¿Se da cuenta usted de que si me rechaza, yo no puedo ministrarle? Si usted me rechaza, yo no puedo ayudarle. Algunas personas me aceptan como maestro. Otros tienen una opinión algo distinta de mí. Sin embargo, ¿era esto lo que sucedía con Jesús? ¿Es verdad que cuando le rechazaron a El, rechazaron Su ministerio? ¿Sucedió esto mismo con Pablo? En algunos lugares la gente dijo: "Ha llegado el hombre de Dios." En otros lugares le arrojaron de sus sinagogas, burlándose. Esos que dan vueltas las espaldas y se tapan los oídos nunca verán ese nuevo día que está amaneciendo en el mundo. Cuando recibieron a Pablo sus ojos se abrieron.

Mire ahora otra enseñanza de Jesús en Lucas 10:16: "El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desecha, a mí me desecha; y el que me desecha a mí, desecha al que me envió." Cuando Dios llama a Su siervo, y él acepta el llamado, los dos están involucrados en el ministerio. Si rechazan al siervo, el Señor del siervo está incluido en el mismo paquete. Es posible que ocurran algunos malentendidos y hasta rechacen al siervo. El siervo se encuentra como un signo de interrogación en la prueba de la rebelión.

Es posible que Dios me diga: "Te voy a mandar a un lugar bien alejado y desconocido para que tú pruebes la rebelión de ellos. Si la rebelión desaparece en ellos, te recibirán. Si no, la actitud de ellos cerrará la puerta al ministerio efectivo." ¿Sabe usted por qué parece que Dios envía a su camino siervos con los cuales no le es fácil llevarse bien, algunos que usted cree que no saben predicar, y otros que parece que tienen poca habilidad en todo? ¿Es posible que usted necesite decir: "Bendito es el que viene a mí en el nombre del Señor"? Es posible que usted tenga los dientes apretados mientras dice: "Yo le amo, pastor . . . yo le amo, anciano . . . aunque me cueste mucho." Al hacer esto, usted le está diciendo a la rebelión: "¡Muérete, rebelión, muérete!" La muerte de la rebelión sucede lentamente, pero al obrar así usted apren-

de a abrazar esa verdad al decir: "Bendito es el . . ."

En mi propia vida, tan pronto como yo pude asumir esta actitud, el Señor comenzó a enviarme hombres que entendían lo que Dios estaba haciendo. Tan pronto como yo pude decir con honestidad: "Benditos son los hombres que vienen a mí en el nombre del Señor . . . Señor, yo recibo a este hombre", en ese instante estaba Jesús parado detrás de ese hombre y diciéndome: "Hijo, yo tengo algo que decirte." ¡Y en ese momento *pude oír!*

LA FORMULA DIVINA

Para ayudarnos a entender mejor el principio que hemos explicado, tomaremos varias porciones de la Escrituras. Estas presentan un concepto que revelará la naturaleza espiritual de la autoridad de Cristo.

2 Corintios 5:16: "De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no le conocemos así." El Cristo histórico, nacido de una virgen y con un cuerpo físico como el que tenemos nosotros, fue el Jesús que anduvo por los caminos de Galilea. Algunas personas hoy en día adoran a ese Jesús *solamente* . . . y mientras tanto hay un Cristo resucitado que se nos ha dado a nosotros. Jesús vino a la tierra para hacer la voluntad del Padre. En esa voluntad estaba la cruz del Calvario, la tumba y la resurrección. Más tarde, el Hijo de Dios ascendió a sentarse a la mano derecha del Padre. Aquel que ascendió, también descendió y se dio a Sí mismo a los hombres por medio de Sus dones . . . Su fruto . . . Su autoridad.

En Juan 16:14-16, encontramos a Jesús preparando a sus discípulos para este acontecimiento:

(14) El (Espíritu Santo) me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.

(15) Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.

(16) Todavía un poco, y no me veréis; y de nuevo un poco, y me veréis; porque yo voy al Padre.

El hacer una paráfrasis de estos versículos nos ayudará a comprender bien el mensaje que Jesús estaba revelando: "Yo, Jesús, voy al Padre; y cuando vaya al Padre, el Espíritu Santo en Mi nombre, tomará las cosas que Me pertenecen - es decir, los

dones del Espíritu, el fruto del Espíritu y la autoridad (apóstoles, profetas, pastores, maestros, evangelistas) y se las dará a la iglesia. Y cuando el Espíritu Santo venga a dividir esos dones y ministerios del Espíritu en la iglesia, *justedes me verán a mí!*”

Una tercera referencia se encuentra en Efesios 1:22, 23.

(22) Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia,

(23) La cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.

Primero tenemos al Cristo a Quien conocimos en la carne. Este es el Jesús que anduvo por los caminos de Galilea. El nos dijo: “Si yo me voy, volveré a vosotros.” Pablo dijo en 2 Corintios 5:16 que nosotros no Le adoramos ya en la carne. En el libro de los Hechos vimos la llegada del Espíritu Santo y encontramos a la iglesia que experimentó el cumplimiento de la promesa de Jesús: “Recibiréis poder.”

Luego tenemos al Cristo, la Cabeza, y todos aquellos que creemos en Su nombre, somos el cuerpo. Debemos comprender que el cuerpo es los dones, y ministerios y operaciones del Espíritu. Este es el Cristo que pertenece a todos, el Cristo incorporado. Cuando vemos esto, tenemos una nueva apreciación del cuerpo formado por muchos miembros, formado por todos los creyentes. Ahora mi esposa no es solamente “mi esposa”, ella es uno de los miembros del cuerpo de Cristo. También yo tengo un respeto diferente por mi hermano como miembro del cuerpo de Cristo. Si no estimamos a un hombre y reconocemos su lugar y parte en el cuerpo, lo estamos mirando solamente como a un hombre en la carne.

APLICANDO LA RECETA

¿Cuándo va a ser quebrantado ese espíritu rebelde dentro de mí y su levadura quitada de mi vida? Dios dice: “Te diré cuándo. Si tú en realidad me quieres ver y entender lo que estoy haciendo en el mundo, aprende a decir: ‘Bendito el que viene en el nombre del Señor.’”

El también dice: “Sométase toda persona a las autoridades superiores.” Cuando aprendemos a someternos a nuestras autoridades superiores -nuestro pastor . . . los ancianos . . . el esposo . . . los maestros de la escuela dominical- de pronto

nos encontramos con que algo se está quebrantando dentro de nosotros y que comenzamos a abrir los ojos para ver el propósito y el plan de Dios. Vemos Su cuerpo espiritual, y el reino de Dios, y lo que El está haciendo.

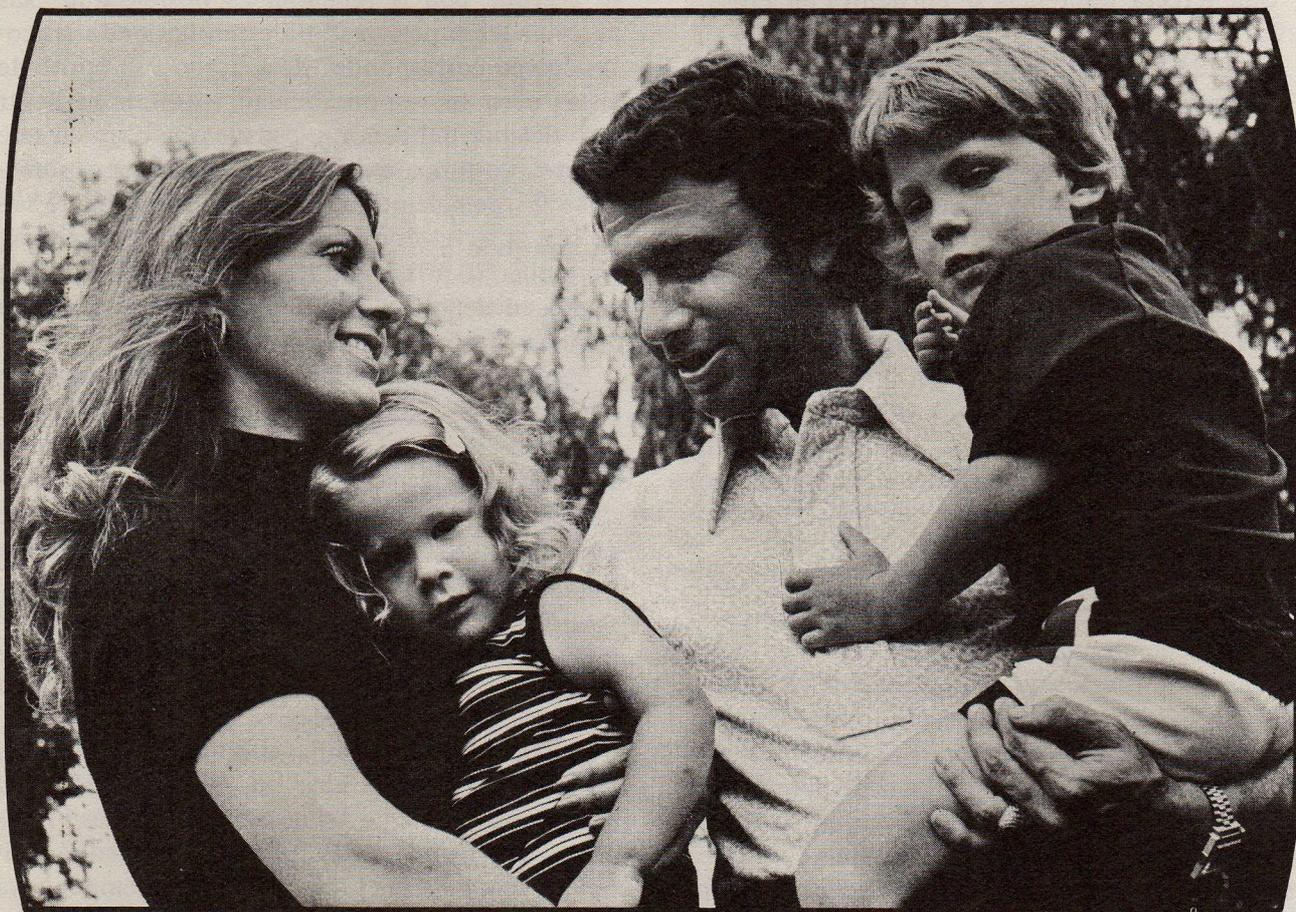
Usted nunca podrá hacer que el reino de Dios se acerque con la rebelión. Es posible que “sus autoridades superiores” no estén haciendo las cosas “como corresponde” de acuerdo a su punto de vista; pero su responsabilidad entonces es llevar esto delante del Señor y pedirle que obre en este asunto. Lo único que usted puede hacer es someterse. Es posible que se enoje con Dios, que se salga con la suya, que inicie una búsqueda personal; sin embargo, a la larga, usted tiene que encontrar a alguien de quien pueda decir: “Bendito el que viene en el nombre del Señor.”

Jesús dejó bien claro el principio: “No me verán más hasta que *aprendan* a decir eso.” Y créame que esto no viene en forma natural. Debemos *aprender* esta lección. Aún Jesús aprendió la obediencia por las cosas que sufrió. Es posible que nos cause sufrimiento. De hecho, probablemente nos lo causará. Pero el antídoto para la rebelión está claramente explicado. Se nos dan instrucciones en cuanto a la manera de aplicar la fórmula. El nos dio la ayuda del Espíritu Santo para aplicar la receta. Sin embargo — ¡he aquí el detalle!

En cada área de la vida, el hombre es un agente moral libre. Dios lo hizo así. La responsabilidad de aprovecharnos de las cosas de las cuales *El* nos proveyó, depende *de El*. ¿Recuerda usted la actitud de David hacia el rey Saúl? “Guárdeme Jehová de extender mi mano contra el ungido de Jehová” (1 Samuel 16: 11). David tuvo muchas oportunidades de matar a Saúl, pero él respetó la autoridad delegada de Dios. Y yo no me atrevo a apartarme en rebelión de aquel a quien Dios ha puesto sobre mí sin incurrir en posible ceguera y sordera a la verdad espiritual.

Permítame hacerle otra pregunta. ¿Sabía usted que la forma más alta de adoración es la obediencia? La declaración de Jesús: “No me verán más hasta que se sometan”, llega hasta lo hondo. Es posible que a usted no le guste este antídoto para la rebelión más de lo que podría gustar aceptar una receta prescrita para combatir una enfermedad física fatal. Recuerde que la medicina de Dios trae consigo una garantía de vida. El ancho camino que lleva hacia el restablecimiento o la cura, se extiende delante suyo. ¡Y es suyo simplemente si usted lo toma!

El matrimonio espiritual



Por Rodolfo Loyola

Haremos algunas comparaciones bajo este título con el fin de ayudar al lector a encontrar el lugar que ocupa el camino de la reproducción en ella.

EL NOVIAZGO

En el tiempo del Antiguo Testamento no existía el noviazgo, al menos con ese nombre, pues eran los padres los encargados de elegir por parentesco o conveniencia al esposo o la esposa de sus hijos.

En el sentido espiritual, era por el estilo; la libre opción era mínima. Se nacía en el pueblo de Dios, los padres llevaban a circuncidar al varón, lo cual le hacía heredero de las promesas de Abraham. La hembra era poco menos que una esclava que estaba

incluida o excluida por voluntad de los varones. De manera que la religión se aceptaba como cosa heredada, salvo honrosas excepciones.

Pero con la venida de Cristo, y con El las Buenas Nuevas para todas las naciones, la elección adquiere otros caracteres. Esta elección gana terreno en el sentido material y en el espiritual. Podemos decir que es en el desarrollo del cristianismo donde comienza el noviazgo.

Sin embargo, el Dios que es amor hizo que se escribiera mandamiento acerca de lo que pudiera llamarse un idilio espiritual desde los tiempos de Moisés. Leemos en Deuteronomio 6:5-9: "Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando

en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales ante tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas.”

Lo anterior parece una invitación al fanatismo, pero qué bueno sería que el mundo se llenara de fanáticos del amor de Dios. Aunque pienso que por el camino del amor no se puede llegar a ser fanático. El fanático es cruel hasta consigo mismo, y lo encontramos dispuesto a matar, a despreciar, a separar, a destruir. El amor hace todo lo contrario. Saulo mata por fanatismo. Esteban muere perdonando por amor.

El noviazgo es encantador, pero no es un fin en sí mismo. El noviazgo es un puñado de botones con la ilusión de hacerse rosas.

En una entrevista con el genial actor español Juanjo Menéndez, le preguntaron: ¿Qué es para ti el amor? Y él respondió: “Para mí el amor es un asombro.” Bonita respuesta para no ser pensada. Y de verdad, la entrada al amor es inexplicable, es un asombro; es una alegría bien distinta a todas las demás. Es casi una obsesión. Igual nos sucede cuando conocemos el amor de Dios revelado en Cristo. Pensamos: ¿cómo es posible que el Señor de todo lo que existe se haya fijado en mí? Y el hallazgo se convierte en agradable tormento que se apodera del cuerpo y del alma. Por eso dudo mucho de los que no saben decir desde cuándo son cristianos.

Sigamos un poco más con el noviazgo. Sabemos que existe el amor a primera vista. Una pareja se ve por vez primera, se cruzan las miradas, y desde esa ocasión, quedan prendados para siempre, inevitablemente, el uno del otro.

Es exactamente lo que sucede con algunas vidas: desde que oyen la primera llamada del amor de Dios se entregan incondicionalmente a El. Yo mismo soy producto del amor a primera vista. Siendo joven, y teniendo resuelta mi situación económica, no me preocupaba mucho de los asuntos del alma, aunque realmente no sentía satisfacción en cosa alguna. Un día oí el glorioso mensaje del Evangelio, y fue aquello un flechazo de amor a mi vida; desde ese día comenzó el idilio que no ha terminado ni terminará nunca, porque “Fuerte como la muerte es el amor.”

Existe también el amor que nace con el trato prolongado. En ocasiones pasan años para que dos personas que se ven casi a diario, un día lleguen a fijarse con interés el uno en el otro. ¿Cuántos para

aceptar a Cristo como Señor y entregarles sus razones, han estado escuchando su llamada por años, hasta que un día abren las puertas y comienza el noviazgo espiritual!

Es asombrosa la disposición de agradarse mutuamente que tienen los novios. Hemos visto más de una vez a una chica alegre, juguetona, coqueta, amiga de los afeites y las modas exageradas. Pero un día la encontramos más formal, arreglada con más naturalidad, rechazando invitaciones de salir con amigos y amigas. —¿Qué te sucede, Mari Carmen? —le preguntan—. ¿Estás triste? ¿Se te ha muerto un familiar? Y ella responde: —No, estoy más alegre que nunca, lo que sucede es que estoy comprometida con Jorge, que está haciendo el servicio militar, y procuro hacer lo que a él le agrada. ¡Si vieras qué carta tan bonita recibí de él hoy!

¿Qué ha sucedido? El amor la ha hecho cambiar de actitud; y no le ha costado ningún esfuerzo especial, al contrario, más bien cierta complacencia.

¿No es lo que sucede cuando Cristo comienza a ser real en nuestras vidas? Las cosas que más nos atraían del mundo, quedan a un lado, y todo por agradar a Aquel con quien hemos iniciado un sublime compromiso.

Ahora bien. El noviazgo, ya lo hemos dicho, es un tiempo precioso, pero no creo que un verdadero enamorado quiera seguir siendo novio o novia para siempre. Como no creo que nadie quiera quedarse en la puerta del reino de los cielos mirando las piedras preciosas en los muros de la ciudad apocalíptica; de seguro querrá entrar y participar de las bodas del Cordero.

EL MATRIMONIO

Esta es una unión más estrecha, es un conocerse más íntimamente, es una identificación trascendente. “Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer...”, dice el mandamiento. Deja, por decirlo así, otros amores, otros deberes, para ser de ella, y ella para ser de él.

Ahora se notan las faltas, pero se sobrellevan. Así es el matrimonio con Cristo a través de la iglesia que es su cuerpo. Hay faltas en la iglesia, producto de nuestra imperfección, pero es el cuerpo visible de nuestro desposorio, y debemos honrarlo por amor a quien nos amó y redimió con su sangre.

El matrimonio exige más lealtad que cualquier otro compromiso humano. ¿Qué dijo Jesús? “Si

alguno quiere ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame." No hay nada más bello que un esposo fiel, o que una esposa fiel. El apóstol Santiago habla del adulterio en el sentido espiritual. En el capítulo 4 de su libro, versículo 5, dice así: "Almas adúlteras, ¿no sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios?" Esto habla de la infidelidad de los creyentes. ¿Qué pensaríamos de una mujer que se pasa seis días de la semana con otros hombres, y solamente el domingo un rato con su marido? Pues, la llamaríamos adúltera. ¿Y qué pensar de un llamado cristiano que se pasa seis días de la semana viviendo mundanamente, sin orar, sin alabar a Dios, sin dar testimonio de su fe, y solamente el domingo le dedica una hora en el banco de un templo? No estamos para juzgar, pero la Palabra lo declara adúltero; y ya sabemos que los adúlteros no heredarán el reino de Dios. Dice el Señor al ángel de la iglesia en Sardis: "Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida."

"Pues como el joven se desposa con la virgen, se desposarán contigo tus hijos; y como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo" (Is. 62:5).

Cabe hacerse la pregunta: ¿Cuál es mi relación con Cristo? ¿Soy un enamorado, pero sin ningún compromiso? ¿Soy acaso el novio o la novia que aún no le corre prisa comprometerse más? ¿Soy el esposo, la esposa fiel? ¿Estoy trayendo al mundo hijos espirituales en este matrimonio que es las primicias del venidero?

LOS HIJOS

Los hijos traen sufrimientos y alegrías. Comienzan a dar dolores desde antes de llegar al mundo, pero también nos colman de ilusiones anticipadas. En aquella procreación de la iglesia primitiva había un gozo habitual, pero los dolores de parto y la crianza de aquellas primicias fueron crueles también. No hay más que leer el libro de los Hechos de los Apóstoles para darse cuenta de esta realidad. Se ha dicho: Nos gusta hablar de las almas pescadas por Pedro en Pentecostés, pero no de las piedras recibidas por Esteban poco después. Es cierto que había dolores, pero no tristeza, eso es lo importante.

Los hijos arreglan muchas veces los problemas de los padres. -En casi todos los matrimonios hay uno

de esos días cuando las cosas no van a gusto de los dos. Como nada, se pasan el día sin hablarse. Uno siente la respiración fuerte del otro que no es interrumpida por las palabras. Ella le sirve a él la comida, pero con el brazo largo y la mirada esquiva. El come poco, de prisa y sin decir nada. Ya está llegando la noche y ninguno de los dos está enfadado, pero no hallan la manera de comenzar el diálogo. Ella piensa: Si él no me habla, yo no le hablo, porque la culpa es suya. El, por otro lado dirá: Ella es quien tiene que humillarse, para eso es mi mujer. De pronto, el más pequeño de los niños hace una gracia; da los primeros pasos o dice la primera palabra. Uno de los dos lo toma en brazos emocionado. El otro ríe y lo besa, que es como si se besaran los esposos entre sí. Se miran a los ojos sin enojo, y el mal trago ha terminado.

Como pastor he estado muchas veces afligido, cargado de problemas y hasta disgustado en extremo con la conducta de algunos. He tenido que predicar, pero más bien empujado por el deber que por inspiración del Espíritu. Me he dicho: "¿Qué voy a decir, si yo mismo estoy en derrota? No quiero ser hipócrata." De pronto llega uno de los hijos espirituales y me dice: "Pastor, estoy orando por el mensaje de esta noche. He invitado a un compañero de trabajo quien vendrá con su familia. Creo que aceptarán a Cristo como Salvador. Están muy abiertos a la voz de Dios. ¡Es casi un milagro, pastor!"

Como por arte de magia la amargura ha desaparecido. He vuelto a orar al Señor y El ha refrescado mi mensaje con unción y gozo. Me he sentido sincero y dichoso. He podido sonreír otra vez con la sonrisa de la reconciliación.

Se cuenta de un viejo predicador que cada vez que alguien le venía con una queja o a plantearle un problema personal, producto de la falta de madurez, le preguntaba, como si fuera una incoherencia: "¿Has hablado del Señor a alguien esta semana? ¿Has puesto la palabra de Dios escrita en manos de interesados? ¿Has invitado a venir al templo a algunos de tus vecinos o familiares? ¿Has orado por la salvación de algún ser humano que se pierde cerca de ti?"

La respuesta era casi siempre la misma: No.

Entonces el viejo predicador, como un médico experimentado le recomendaba: "Pues hazlo durante esta semana que voy a estar orando por ti y por los resultados; y después que hayas hecho esto, ven a verme de nuevo."

Algunos no esperaban la semana para volver

con una sonrisa de gratitud y un testimonio de victoria.

Al visitar muchas congregaciones, he sido llamado aparte por miembros de la iglesia local para plantearme problemas personales, algunos casi infantiles. Se sorprenden cuando les pregunto: "¿Tienes hijos espirituales?" Esto me ahorra tiempo y aclara los más oscuros interrogantes.

Los hijos mejoran la conducta de los padres.- Por dar buen ejemplo a los hijos, los padres cuidan las palabras y los hechos. Quisieran tomarse ciertas libertades, pero se abstienen por amor a los pequeños. Cuando el cristiano tiene hijos espirituales, aprende el consejo de Pablo a Timoteo: "Cuida de ti mismo y de la doctrina." Trata de no hablar aquello que pueda ser nocivo a los nuevos creyentes, cuida sus actos y su libertad, incluso, para no hacer tropezar a uno de los escogidos del Señor.

Recuerdo a un hermano en la fe que casi se complacía en llegar tarde al culto. Nadie le hacía cambiar esta actitud. Pero un buen día ganó para el Señor a un compañero de trabajo. Su alegría era incomparable. Comenzó a llegar a tiempo y hasta antes de tiempo a los servicios. Al felicitarle por su puntualidad me dijo: "No le puedo dar malos ejemplos a mi hijo espiritual."

Por algo el apóstol declara: "Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo edifica" (1 Co. 10:23).

Los hijos alegran el hogar.- Ya es harto repetido lo de: "Un hogar sin niños es como un jardín sin flores". Pero no por eso deja de ser una grandísima verdad. Hasta los mismos ancianos se renuevan cuando llegan los niños al hogar.

El hogar espiritual, el templo, puede ser alegrado con música, flores y cultos especiales, pero nada superará la alegría de los nacidos de nuevo, los niños en el Señor. En el cielo también hay gozo, dijo el mismo Señor Jesucristo

Es poco lo que se puede añadir a todo lo que se ha dicho sobre la oveja, la moneda, y el hijo perdidos. Sin querer violentar interpretaciones ni satisfacer caprichos, diré que ha sido de gran bendición para mí y para otros ver lo de la moneda perdida así (leer Lucas 15:8-10):

- a) La moneda es una que se pierde entre diez. No eran muchas.
- b) La pierde una mujer que representa a la iglesia.
- c) Se pierde o la pierden dentro de la casa.
- d) Era una cosa que se daba por ganada.

- e) La moneda era griega, que da un sentido algo universal, no era judía.
- f) La mujer enciende una luz para buscarla.
- g) Coge la escoba y barre.
- h) Se pierden las monedas guardadas, no las empleadas.
- i) Llama a las vecinas.
- j) El gozo.

Resumen

Para todos los evangelistas es cosa común al predicar en campañas de iglesias ver miembros de la congregación local ir al frente respondiendo al llamado de arrepentimiento y aceptación de Cristo como Salvador. He visto repetirse esto con hijos de pastores y hasta un capellán del ejército nos ha confesado haber encontrado a Cristo después de veinte años de ejercer su cargo de clérigo militar.

En ocasiones los pierde la propia iglesia, la mujer, se han perdido dentro de la casa.

El hallazgo sucede cuando la mujer se da cuenta de la moneda perdida y enciende la lámpara. *Luz* de la *palabra* y fuego del *Espíritu* son necesarios para la búsqueda efectiva dentro.

Toma la escoba, que es la *oración*, sin la cual no hay avivamiento legítimo, esa escoba que registra los lugares oscuros y sucios para sacar lo perdido.

Se pierden las monedas no empleadas. Hay miembros de iglesias guardados en los archivos, en los pañuelos de los pastores, de manera que cuando éstos se suenan las narices, caen y se pierden. El pañuelo, dijo alguien, es para secar el sudor por el trabajo duro y no para guardar el producto del trabajo. Cada día me gusta menos eso de las almas ganadas, más bien diría nuevos discípulos o recién nacidos en Dios.

Entonces la mujer llama a los vecinos. Este es el testimonio. Hay un motivo para ello. Algo está sucediendo dentro de la casa. No les llaman durante la búsqueda, sino cuando está salvada la moneda. "Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Luc. 19:10).

Y por fin hay gozo en la tierra y en el cielo. San Juan dice que no hay otro gozo mayor para él que saber que sus hijos andan en la verdad.

Los hijos reviven el amor.- Mi padre es un hombre muy sensible, pero poco cariñoso. Rara vez nos besaba, y a mi mamá casi nunca. Después de mí vinieron al mundo cinco hermanitos completando un total de diez. Pero cada vez que nacía uno, mi

padre se ponía muy cariñoso; besaba a mamá y se volvía como loco trayendo comida y golosinas para la casa.

En la familia de la fe los recién nacidos en Cristo renuevan el amor, y hasta se hace contagioso el testimonio del milagro de la reproducción.

Los hijos dan responsabilidad y experiencia.- Las madres gustan de las mismas cosas que otra mujer cualquiera, pero su lugar en todo momento está al lado de sus hijos. La responsabilidad que da el amor es única. Cristo dijo que el que hace todo lo que se le ordena es siervo inútil. Las madres siempre hacen mucho más de lo que se les pudiera ordenar. Muchas veces ha llegado un creyente muy preocupado a pedirme un estudio de la Biblia, porque tiene a un discípulo que le pregunta, que le exige alimento, y se siente responsable de dárselo.

Cuando el Espíritu pone el sentimiento de maternidad en el creyente, muy pronto gana en experiencia. En seguida se da cuenta que el recién nacido no ve casi nada en los primeros días. El viene de pronto de las tinieblas a la luz y le falta vista y mente para captar las formas y colores de la nueva vida. Es un tiempo de mucha paciencia. El bebé necesita calor, por eso llora con frecuencia en las noches de invierno. El no sabe cubrirse. La madre aprende a dormir velando. El niño pequeño necesita ser alimentado; no sabe comer solo; necesita ser llevado; no sabe andar. La madre hablará también por él; el niño no sabe hablar. Y en todo esto cuenta más la experiencia que cualquier teoría aprendida en los libros. La madre llega a ser un poco médico, modista, criada y maestra.

LA MATERNIDAD EVITA LA DIVISION

En el primer libro de Reyes, capítulo 3, se encuentra la historia de dos mujeres que reclaman la maternidad de un niño. Para aclarar el asunto, fueron a juicio ante el rey Salomón. Contaron lo ocurrido, cada una a su manera, agregando que el niño era suyo. El rey pidió una espada y dijo: "Partid por medio al niño vivo, y dad la mitad a la una, y la otra mitad a la otra. Entonces la mujer de quien era el hijo vivo, dijo: ¡Ah, señor mío! Dad a ésta el niño vivo y no lo matéis. Mas la otra dijo: Ni a mí ni a ti; partidlo. Entonces el rey respondió y dijo: Dad a aquella el hijo vivo y no lo matéis; ella es su madre."

Si miramos bien el fondo de los que causan divisiones inútiles; los llamados ladrones de ovejas;

puede que tengan mucha doctrina, algo de superespiritualidad, dinamismo y otras cosas, pero les falta maternidad espiritual. El que tiene este sentimiento de maternidad, quiere que los hijos vivan y no que sean divididos y mueran.

Al mencionar esto debo excluir los muchos casos de creyentes que ellos mismos descubren que mueren de frío e inanición, y buscando calor y alimento se refugian donde lo hay. Una de las causas de los éxodos de la historia es la búsqueda de alimentos. No es pues, extraño, que también lo sea en el sentido espiritual. Por otro lado, el fuego siempre atrae a sí a las personas. Hasta cuando hay un incendio en la ciudad, la policía tiene que luchar con el público que, desafiando el peligro, se amontona junto al siniestro como hechizado por las llamas. Hay otras muchas razones por las que el fuego atrae, pero eso llevaría capítulo aparte.

Sin embargo, todos los hijos venidos de otras casas no son motivados por los sentimientos anteriores. Me refiero a los que se pasan de una congregación a otra por problemas. No nos engañemos. A la larga, esos hijos que han seguido siendo niños a pesar del tiempo, y tan niños que piensan que cambiando de lugar van a cambiar de condición, cuando lo que hacen es cambiar de sitio el problema que llevan dentro. Estos hijos adoptivos lo que hacen es contagiar con sus malos hábitos a los hijos bien habidos. Ante estos malos engendros no tengo más que una actitud: hablarles como se habla a los niños malcriados para que regresen a la casa de sus padres.

San Pablo rehusó predicar donde Cristo había sido predicado. ¡Vaya sabiduría la del Apóstol! Se engañan los que piensan que es terreno fácil pescar en viveros, ganar a los ganados, hacer prosélitos de los prosélitos. Lo más probable es que recojan cizaña en vez de trigo; ovejas estériles y espíritu de división. Más que desear hacer números de esta manera, debiéramos decir: Señor, líbranos del hijo ajeno.

Somos llamados a formar un hogar, engendrando hijos; no a hacer un orfanato o un centro de rehabilitación de menores.

Cuando un legítimo despertar tiene lugar, más que robar ovejas, lo que hay que hacer es poner guardas en la puerta para que no entren las ajenas.

Tomado de "El milagro de la reproducción" (Editorial CLIE, Moragas y Barret, 113, Tarrasa, Barcelona, España).

Cartas

Desde Colombia

Hermanos de la revista Vino Nuevo:

Amados en Cristo el Señor, gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Doy gracias a Dios por la labor que ustedes están llevando a cabo en la iglesia del Señor a través de la revista Vino Nuevo; para mi propia vida ha sido de una tremenda edificación y crecimiento en el Señor, lo mismo que para otros hermanos con los cuales he podido compartirla. Nos reunimos en grupo junto con el pastor y nos edificamos estudiando los artículos que ella trae de tanta inspiración por el Espíritu.

Deseándoles que el amor y la misericordia de Cristo sean con todos Uds. queda, su hermano en Jesús,

Walter A. Suárez O.

Desde Paraguay

Apreciados hermanos de Vino Nuevo:

Les felicito por su esfuerzo y agradezco al Señor por su minis-

terio y dedicación. Aquí les envío mi granito de arena (28.57 dólares).

Dios les bendiga, y desde ya muchas gracias.

Juana Vda. de Torres.

Desde Puerto Rico

Estimados hermanos en la fe de Jesucristo:

Estoy muy contento con la lectura de su revista Vino Nuevo, la cual trae muchos artículos de actualidad y que edifican nuestros espíritus.

Adjunto se servirán encontrar un girito para ayudar en los gastos de publicación de la revista. Perdonen lo poco que puedo enviar.

Que el Señor les siga bendiciendo. Les aprecia en el Señor,

Natividad Figueroa.

Desde República Dominicana

Estimados señores:

Les solicito por este medio que me envíen la revista que ustedes distribuyen cada dos meses, Vino Nuevo, la cual tuve la oportu-

nidad de ver y he llegado a la conclusión que es la mejor revista de ese género que he visto.

Además, espero contribuir al sostenimiento de dicha maravillosa obra.

Gracias por el contenido de la revista, y que Dios siga bendiciéndoles.

Atentamente,

María Antonieta Medrano.

Desde Venezuela

Muy amados míos en Cristo:

Es un placer para mí estar bebiendo del Vino Nuevo, hace años. Les felicito por tan excelente trabajo, cada vez mejor, excelente, imponente, bien impreso, con todos los adelantos de la época.

Miles y miles de personas estamos orando al trono de la gracia, por la dedicación de cada uno de ustedes, entregados a este trabajo tan maravilloso.

Trabajo con hermanos indígenas de la Guajira Venezolana, y me gozo al orar con ellos, que sigan ustedes cosechando frutos del buen trabajo de la revista.

Roque Federico Leal.